Poemario franciscano

Homenaje a sor *Celina de la Dolorosa*

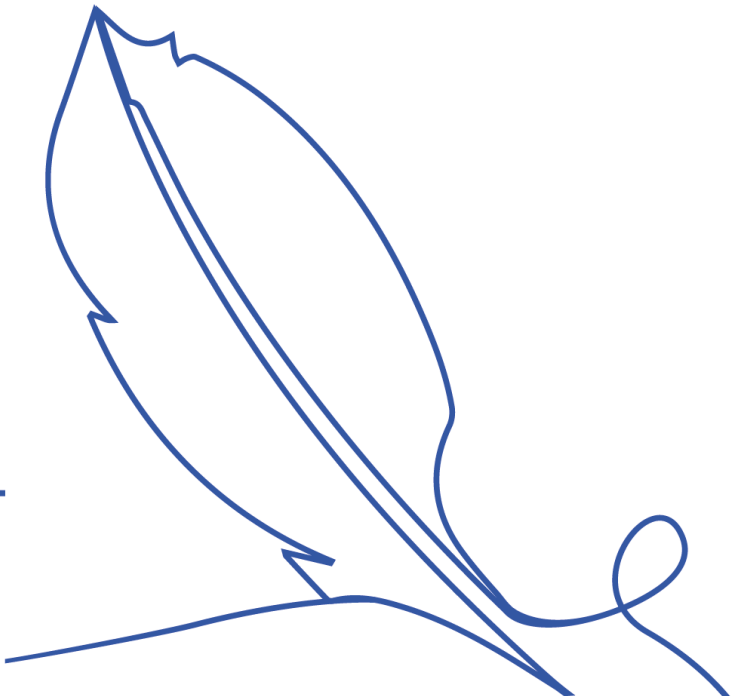


Maura Andrea Guerrero Lucero
Compiladora

Universidad Mariana
Res. MEN 1362 del 3 de febrero de 1983

Editorial
Unimar

Colección Institucional



Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Celina de la Dolorosa, 1905-1986, autora

Poemario franciscano : homenaje a sor Celina de la Dolorosa / compiladora, Maura Andrea Guerrero Lucero. -- San Juan de Pasto : Editorial Unimar, 2025.

1 recurso en línea : archivo de texto: PDF. -- (Colección institucional)

Incluye datos biográficos de la autora -- Incluye referencias bibliográficas.

ISBN 978-628-7548-99-2 (digital)

1. Celina de la Dolorosa, 1905-1986 - Homenajes póstumos 2. Poesía religiosa colombiana - Siglo XX 3. Franciscanos - Poesías I. Guerrero Lucero, Maura Andrea, compiladora

CDD: Co861.44 ed. 23 CO-BoBN– a1167027

Universidad Mariana

Res. MEN 1362 del 3 de febrero de 1983

Título del libro: *Poemario franciscano. Homenaje a sor Celina de la Dolorosa*

e-ISBN: 978-628-7548-99-2

DOI: https://doi.org/10.31948/editorialunimar.318

Formato: 18 x 23 cm – Digital

Páginas: 114

Año: 2025

© Editorial Unimar, Universidad Mariana

© Maura Andrea Guerrero Lucero

Editorial Unimar

Luz Elida Vera Hernández

Coordinadora editorial

Leidy Stella Rivera Buesaquillo

Corrección de estilo

Francisco Andrés Luna Martínez

Diseño y diagramación

Correspondencia:

Editorial Unimar, Universidad Mariana

San Juan de Pasto, Nariño, Colombia, Calle 18 No. 34 – 104

Tel: 6027244460 - Ext. 185

E-mail: editorialunimar@umariana.edu.co

Depósito Digital

Biblioteca Nacional de Colombia, Grupo Procesos Técnicos, Calle 24, No. 5 - 60 Bogotá D.C., Colombia.

Biblioteca Hna. Elisabeth Guerrero N. f. m. i. Calle 18 No. 34 - 104 Universidad Mariana, San Juan de Pasto, Colombia.

Disponible en: https://libros.umariana.edu.co/index.php/editorialunimar

Cítese como: Guerrero Lucero, M. A. (Comp.). (2025). *Poemario franciscano. Homenaje a sor Celina de la Dolorosa.* Editorial Unimar. https://doi.org/10.31948/editorialunimar.318

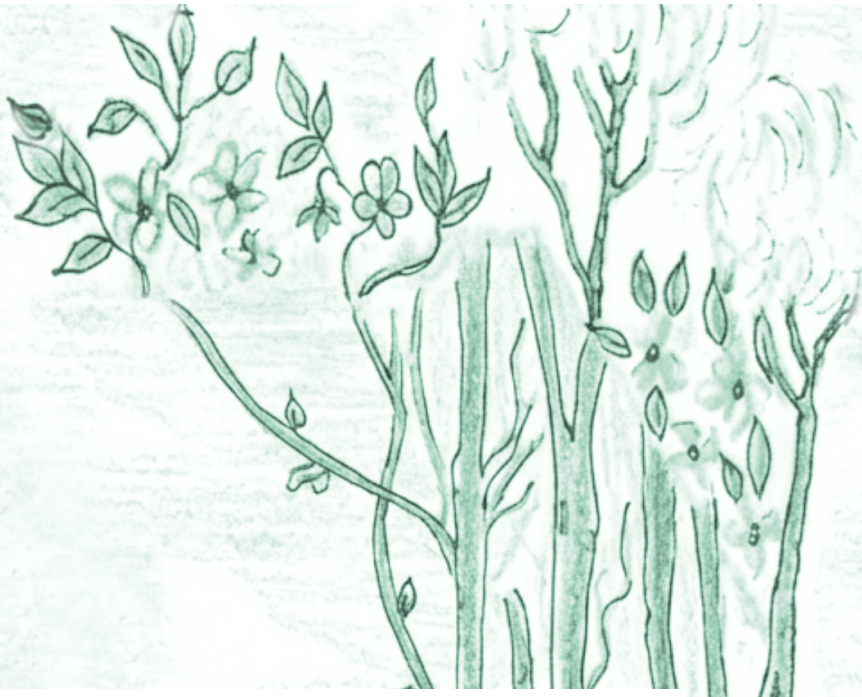


Ilustración de sor María Celina de la Dolorosa
Digitalización de D.G. Francisco Luna (2025)

Las opiniones contenidas en el presente libro no comprometen a la Editorial Unimar ni a la Universidad Mariana, puesto que son responsabilidad única y exclusiva de los autores; de igual manera, ellos han declarado que, en su totalidad, es producción intelectual propia, en donde aquella información tomada de otras publicaciones o fuentes, propiedad de otros autores, está debidamente citada y referenciada, tanto en el desarrollo del documento como en las secciones respectivas a la bibliografía.

El material de este libro puede ser reproducido sin autorización para uso personal o en el aula de clase, siempre y cuando se mencione como fuente su título, autores y editorial. Para la reproducción con cualquier otro fin, es necesaria la autorización de la Editorial Unimar de la Universidad Mariana.

Este libro está bajo licencia internacional:CC BY-NC-ND
CC BY-NC-ND Reconocimiento-No Comercial-Sin Obra Derivada



Ilustración de sor María Celina de la Dolorosa
Digitalización de D.G. Francisco Luna (2025)

Contenido

Introducción 9

Sor María Celina de la Dolorosa 10

Apuntes familiares 10

Datos biográficos 12

Perfil espiritual 13

Legado 15

Poemas 17

Mi santa regla 18

El cuento de un pajarito 21

Anagrama: yo me gozo en Atriz bello 27

Los hermanos del santo 31

Ciudad ignota 34

Mi anillo de profesa 37

El ángel del violoncelo 40

Bandera colombiana 43

El ajedrez eterno 44

¡Oh, belleza siempre nueva! 48

Misterio de las cosas pequeñas 51

¡Luz, esperanza y nido! 54

Ensueños 58

Salmo de alegría 62

Díptico 67

Reloj de arena 73

Canto triunfal 75

Mi colegio franciscano 76

El rosal de san Francisco 78

Madre Modesta 81

Dulcísimo Señor Crucificado 83

La bandera de la Iglesia 84

Claveles rojos y blancos 87

No permitas que me aparte de ti 92

El árbol de las garzas 95

Tempestad en el mar 100

La pregunta de un Dios 105

Idílicas 108

El escudo de la Normal Pio XII, Pupiales (N) 110

Referencias 112

Introducción

El presente poemario franciscano es un homenaje a sor Celina de la Dolorosa, quien, al mismo tiempo que descubrió su vocación religiosa, también reconoció su potencial artístico. Como buena hija de san Francisco y madre Caridad, supo poner al servicio de los demás los talentos con los que Dios la había enriquecido.

La niña sobreprotegida, que llegó desde Bogotá a Pasto y, posteriormente, a Túquerres, tuvo que pasar por la pérdida de sus seres queridos, dudas, soledad y sufrimiento hasta descubrir la voluntad de Dios para su vida. La búsqueda constante de lo que trasciende, de lo que enaltece y ennoblece es lo que la llevó a combinar sus votos de pobreza, castidad y obediencia con la música, los sainetes y la poesía, como expresión auténtica del amor que transforma, alegra y deja huella en los demás.

La religiosa franciscana asombró por su multifacética personalidad, al lado de su deseo constante de aprender y explorar la realidad para hacerla música y poesía, siempre exaltando a Dios en todas sus creaciones. Esta mujer de letras, curiosa y determinada supo adaptarse a diferentes roles y circunstancias; su misma vida fue verso y prosa, alegoría y drama, huida y encuentro, siempre en su relación amorosa con Jesús.

Dios la llamó, la fortaleció y le dio determinación para no dejar obras inconclusas; ella escribió, repasó la puesta en escena de sus composiciones y tuvo la dicha de presentarlas en público; hermanas y novicias fueron sus actrices y declamadoras. Así, caminó y exigió avanzar en el camino de la perfección, haciendo “todo por amor a Dios”. Su decisión y audacia permitieron buscar los medios para comunicar un mensaje alineado al querer de la Iglesia y de la Congregación, a quienes amó con fidelidad.

Este apartado recoge únicamente los poemas desde 1945 hasta 1965, los cuales fueron extraídos de los anuarios franciscanos que la Congregación editó por 20 años. Esto representa una pequeña muestra de la profundidad de las convicciones y creatividad de la autora.

Sin duda se podría afirmar que sor Celina, al explotar su talento artístico, hizo de la escritura un medio para alabar a Dios, presente en la Eucaristía, en las Hermanas, en las autoridades eclesiásticas y en cada acontecimiento que vivía. Los poemas de sor Celina manifiestan un profundo agradecimiento a Dios, a través de ellos, se eleva una alabanza al Creador por la vida y entrega de esta sierva fiel, quien, reconociéndose instrumento del Señor, supo reflejar con humildad la bondad, el amor y la misericordia divinos.

Su testimonio y habilidad comunicativa inspiran la capacidad que tiene todo ser humano para trascender. Cada poema, leído desde el corazón, acercará al lector a Dios y dejará ver la mística de la autora. Sor Celina invita a imaginar, soñar y avanzar hacia el camino de la santidad mediante la contemplación, la creación, la oración, la escritura, el vuelo de la imaginación y el contacto con la realidad.

Con sus poemas, sor Celina alentó a volar alto y a creer en grandes proyectos, desde un espíritu rebelde por lo eterno. Estos poemas expresan emociones sueños y anhelos hacia la eternidad, desde la voz del gorrión, el bosque, el cielo, los paisajes, el juego y la cotidianidad de la vida en un convento.

Sor María Celina de la Dolorosa

Apuntes familiares

En el documento *Obra literaria de sor Celina de la Dolorosa,* elaborado por la Hna. Aura Elisa Romo Romo y la licenciada Amanda del Socorro Romo de la Rosa, custodiado en el Museo Maridíaz, se presentan aspectos generales de la familia Pereira Urdaneta.



Ilustración de sor María Celina de la Dolorosa
Digitalización de D.G. Francisco Luna (2025)

De la unión de Nicolás Pereira Gamba y Clotilde Gamba Bernal nació Fortunato, papá de María Victoria (sor Celina). Por su parte, Daniel Urdaneta Urdaneta y Tulia Padilla Urdaneta tuvieron a María, la mamá de la querida poetisa. Con el tiempo, Fortunato y María se casaron y se fueron a vivir a la hacienda 'El Chorro', en Bogotá, Colombia.

El ingeniero Fortunato Pereira se dedicó al cultivo de eucalipto; para ello, importaba semillas del extranjero y las comercializaba entre los terratenientes. De esta manera, se establecieron los primeros bosques de eucalipto en el sur de Bogotá y su cultivo se expandió a lo largo del país, aprovechando la adaptabilidad de la semilla a los diversos climas.

Del matrimonio Pereira-Urdaneta nacieron Ana María, María Victoria, María Mercedes, Nicolás y Juan. El ingeniero Fortunato llamaba cariñosamente a su esposa: Lile, quién durante quince años fue su socia y consejera. Con la creación del departamento de Nariño, el primer gobernador Dr. Julián Bucheli designó al ingeniero Fortunato Pereira primer decano de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Nariño. Como resultado, la familia Pereira Urdaneta se estableció en Pasto, Nariño, Colombia.

Posteriormente, el ingeniero Pereira dejó la academia para asumir la dirección de una sociedad minera. Los yacimientos estaban ubicados en el cerro Gualcalá, municipio de Sotomayor (N), a una altitud de 3.400 metros sobre el nivel del mar, en la mina de oro conocida como 'El Provenir', cuya explotación implicó la importación de equipos desde Alemania. Por esta razón, la familia Urdaneta decidió nuevamente cambiar de residencia, esta vez e en Túquerres (N).

En 1912, falleció María Urdaneta (mamá de sor Celina). El ingeniero Pereira, profundamente afectado por la tristeza y debido a las exigencias de su trabajo, buscó ayuda en el internado del convento Perpetuo Socorro en Túquerres (N), dirigido por las Religiosas Franciscanas de María Inmaculada, convento fundado el 31 de marzo de 1893 y liderado por la madre Caridad Brader, religiosa Suiza que acogió a las tres niñas. Por su parte, el párroco Rojas recibió a los dos niños, quienes murieron a temprana edad por causas desconocidas.

> El ingeniero Fortunato Pereira Gamba fue nombrado por el gobierno de Colombia Cónsul en Filadelfia, y profesor de dicha ciudad, la que le otorgó el título de Doctor Honoris Causa, en mérito de sus dotes de ingeniero civil y de minas. Murió en Chicago en 1936. (Romo y Romo, 2014, p. 30)

La madre superiora y las hermanas del internado se hicieron cargo de la educación académica y espiritual de las niñas Pereira Urdaneta. El interés de las religiosas, el cuidado y el buen ejemplo de las franciscanas sembraron en el corazón de Ana María y María Victoria la semilla de la vocación religiosa al estilo de san Francisco. Las jóvenes ingresaron como postulantes y se prepararon para su profesión religiosa. De esta manera, cambiaron sus nombres por Teresita de San José y María Celina de la Dolorosa, respectivamente. La tercera jovencita María Mercedes se dedicó a la docencia y contrajo matrimonio con el Dr. Manuel Garzón Moreno. Las religiosas Teresita y Celina demostraron un notable talento en el ámbito artístico: música, poesía y narrativa.

Datos biográficos



María Victoria Pereira, es decir, sor Celina de la Dolorosa, nació en Bogotá el 18 de septiembre de 1905 en Bogotá, Cundinamarca.

En el archivo de la Secretaría de la Congregación de Religiosas Franciscanas de María Inmaculada - Provincia Madre Caridad, en dos páginas de la Circular 37 del 8 de abril de 1987, se encuentran datos biográficos de sor Celina, una corta descripción de su personalidad, los lugares donde ejerció su labor como docente y las fechas importantes de su consagración religiosa, a saber:

Ingresó al convento el 2 de agosto de 1925, en Túquerres (N), y vistió el hábito franciscano un año después, el 2 de agosto de 1926, en la misma ciudad. Realizó su primera profesión religiosa el 21 de agosto de 1928 y la profesión perpetua la celebró el 21 de agosto de 1931. Celebró sus bodas de plata (25 años de consagración) el 15 de agosto de 1953; sus bodas de oro (25 años de consagración), el 15 de agosto de 1978, y sus bodas eternas (fallecimiento), el 15 de marzo de 1986 en el convento de la Virgen del Pilar, Maridíaz, Pasto. Fiel al llamado de Dios a la vida religiosa franciscana, entregó 53 años al servicio de la Iglesia.

La circular enviada a toda la Congregación informó que sor Celina cumplió con su labor apostólica como maestra de literatura y música en Túquerres, Cartago, Ipiales, La Cumbre (Valle) y en Pasto, donde trabajó por 37 años. También se lee que, desde 1974, padeció una llaga varicosa en la pierna izquierda, así como una hematuria, enfermedad que progresó con el tiempo y que finalmente causó su fallecimiento el 15 de marzo de 1986, a las 9:15 p. m.

La última página de la circular señala que la noticia del fallecimiento de sor Celina se difundió rápidamente por las emisoras Mariana y Ecos de Pasto, lo que motivó la asistencia de autoridades y ciudadanía en general para despedir a la artista que dejó un enorme legado en el arte y la cultura nariñense. Además, la eucaristía de sepelio fue precedida por monseñor Arturo Salazar Mejía, obispo de Pasto, quien destacó la humildad de sor Celina y agradeció la alegría que había brindado a tantos destinatarios a través de sainetes, alegorías, poesías y cantos (Circular 37 de 1987).

Perfil espiritual

Sor María Celina de la Dolorosa fue una mujer consagrada con una espiritualidad arraigada en Cristo, al estilo de san Francisco, el *Poverello* de Asís, juglar de Dios Altísimo. Celina tuvo la fortuna de conocer a la madre Caridad, vivir y compartir con ella; «se destacó por un amor sin límites a la Congregación [...], se podía confiar en ella por su gran lealtad, franqueza y sinceridad. Demostró gran veneración por la madre fundadora a quién conoció desde pequeña» (Circular 37, 1987, p. 1). Sin duda, el ejemplo de la madre Caridad la hizo una mujer en constante búsqueda, apasionada y valerosa. En ella, la humildad fue una virtud activa; se dejó guiar e iluminar por Dios en un despliegue paulatino de capacidades humanas, espirituales y artísticas que embellecieron su opción evangélica y su inteligencia innata.

Sus escritos dan cuenta de su espiritualidad y de la profundidad de sus convicciones. La vida de Celina, desde temprana edad, estuvo marcada por grandes contrastes, momentos de profunda alegría y otros de intenso dolor, que hicieron de ella una mujer que buscó siempre la santidad, desde la sencillez, en un trabajo arduo y constante para lograr un cambio significativo en su vida. Así lo escribió en su libreta de apuntes: «¡Oh, Seráfico Padre! con un milagro de tu bondad conviérteme por fin en una humilde y verdadera franciscana, así como convertiste en buen amigo al lobo feroz» (De la Dolorosa, 1942, p.3).

Llama la atención que, en su libreta de reflexiones y propósitos, sor Celina se representaba a sí misma como una cabra —mamífero herbívoro y rumiante—, como señalando su necedad por naturaleza; sin embargo, siempre en constante diálogo y discusión con Jesús, ante quien finalmente doblega su voluntad, ella escribió: "Este único camino el de las cabras, escogí para hallarte ¡Oh Jesucristo!, brincando por las piedras y los riscos, quiero llegar cuando tus brazos me abras, en la eterna portada de tu aprisco" (De la Dolorosa Celina, 1952, p. 42).

Sus palabras comunican viveza, colorido y espontaneidad, cual niña inquieta que escudriña los misterios más hondos de su opción por Cristo. La imagen de la cabra y Jesús manifiesta la intrepidez, audacia, tenacidad, agilidad, pero sobre todo la terquedad del cuadrúpedo, que no teme al peligro, sube por lugares escarpados, pese a las advertencias del pastor. Este es el gran misterio del ser humano y del amor misericordioso y paciente de Cristo, el buen pastor. Como cabra rebelde, Celina muchas veces quiso huir de la cruz que Jesús constantemente la invitó; por ello, en un diálogo escribió:

«**Jesús**: ¿Por fin te quedas conmigo?

Celina: Déjame llorar contigo, mi continua ingratitud, y dame como castigo morir por tu amor ¡Dios mío! Siempre amarrada a tu cruz» (De la Dolorosa Celina, 1942, p. 44).

El ser humano experimenta en su corazón un silencio, un anhelo y un impulso que lo lleva a Dios. Así, la vida espiritual de sor Celina estuvo profundamente configurada con el misterio de la cruz, en una experiencia que bien podría asociarse con el nombre que recibió en su consagración religiosa: 'De la Dolorosa'. La cruz de Cristo es el fundamento de la fe de los católicos, es la revelación del amor que siente Dios por la humanidad (Rm, 5:8, Biblia Católica) y la esperanza de vida eterna (Jn. 3:14-16, Biblia Católica). Contrario a las bondades de la cruz y del Crucificado, todos cargamos con el peso de la cruz; en palabras de sor Celina:

«**Jesús:** Te estoy labrando una cruz, ¡así probarás tu amor!

Celina: Házmela chica, Jesús, ¡le tengo miedo al dolor!» (De la Dolorosa Celina, 1942, p. 182).

El diálogo constante entre Celina y Jesús ofrece pistas para hacer más llevadera la cruz de la vida cotidiana y espiritual. Sor Celina pide una cruz del tamaño de sus fuerzas y manifiesta el temor que tiene al dolor. La conversación termina allí, pero si continuará, seguramente la respuesta de Jesús sería: «[Celina] te basta mi gracia» (2Cor. 12:9, Biblia Católica. (s.f.) o «yo estaré contigo todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28:20, Biblia Católica). Cargar con la cruz o las cruces de cada día es una forma de demostrar el amor a Jesús: «Pero jamás estaremos solos, Él camina con nosotros» (Lc. 24:15. Biblia Católica).

Sor Celina fue muy devota de la Virgen María, a ella, en la advocación de su patrona, se encomendaba y le pedía su intercesión. En su libreta, en varios momentos, se puede leer: «Mater Dolorosa». En los retiros espirituales de 1953, escribió: «En el corazón desesperado de Mater Dolorosa dejo la reforma que quiero hacer con su gracia. Me refiero a enmendarme de dos males que me tienen estancada» (De la Dolorosa, 1942, p. 45). María estuvo siempre presente en su camino de conversión y en el seguimiento de Jesús, como se puede apreciar en el siguiente párrafo:

«**Celina:** ¡Virgen!, enséñame a amar y a buscar a tu Jesús, como a mi vida y mi luz, ¡sin desfallecer jamás!

María: junto a mí lo lograrás» (De la Dolorosa, 1942, p. 221).

En el camino de sor Celina, como infatigable trabajadora en su propia perfección, siempre estuvo la intercesión maternal de la Virgen María. ¡Quién más que la madre puede llevar al discípulo a su Hijo!, ¡quién más que la madre puede pedir bondad y misericordia al Hijo. Para los que acuden a ella, María jamás se limita a observar la necesidad, sino que se convierte en mediadora para pedir a su Hijo lo que hace falta (Jn 2, 3:5, Biblia Católica). Sor Celina, consciente de esto, presentaba sus anhelos y súplicas a la Virgen para que se las lleve a Jesús o le pedía a la madre que le enseñe a llegar a su Hijo. En cualquiera de los casos, jamás se sintió defraudada, María la asistió en su petición confiada.

Legado

Sor Celina de la Dolorosa se destacó por su excepcional habilidad en la poesía, la música y la dirección coral, a través de los cuales realizó significativos aportes a la cultura del departamento de Nariño, incluida la composición de himnos para instituciones educativas, entre los que se destacan: Universidad Mariana, Normal Superior de Pasto, Institución Educativa San Francisco de Asís (Ipiales), Institución Educativa Seminario (Ipiales) e Institución Educativa Santa María Goretti (Mocoa, Putumayo). Compuso, además, el himno de la Congregación de Religiosas Franciscanas, himnos religiosos, de los cuales sobresalen el himno a Nuestra Señora del Rosario de las Lajas, himno a la Virgen de las Mercedes —llamada cariñosamente la gobernadora de Pasto—, himno a la Virgen de Ancuya y los himnos eucarísticos en honor a Jesús Sacramentado, destaca el himno del Congreso Eucarístico Boliviano.

Fue poetisa, directora de coros y profesora de artes en colegios franciscanos, donde fomentó en sus estudiantes una profunda sensibilidad estética que despertaron y cultivaron habilidades, destrezas y competencias interpersonales. Formó artistas, músicas y cantantes; sus egresadas la recuerdan por su alto nivel de exigencia, responsabilidad y el ejemplo de superación y creatividad que las motivaba a conseguir la excelencia, siempre con el objetivo de agradar a Dios.

En el artículo *Mujeres en las letras y las artes en el sur de Colombia 1930-1950*, se relata cómo sor Celina de la Dolorosa dejó una profunda huella en la formación de talentosas músicas y pianistas de Nariño. Quienes pasaron por sus clases la recuerdan con gratitud, al evocar la firmeza de su enseñanza, pero también la calidez y la bondad que transmitía como maestra:

> Sor Celina influyó en la formación de [...] la pianista Maruja Hinestrosa, "no solo en lo musical sino también en el espíritu rebelde y poco tradicionalista que, paradójicamente, ambas compartían". Otra alumna suya fue Ana Josefa Montenegro, música, pianista, directora de coros y profesora. (Álvarez y Zarama, 2019 p. 220)
>
> Sor Celina de la Dolorosa (Victoria Pereira Urdaneta) recibió:
>
> Condecoración Camilo Torres en Bogotá, entre los ilustres Maestros de Nariño; la Asamblea Departamental de Nariño le concedió medalla de condecoración por ser la autora del Himno de la Normal de Pasto, y obtuvo medalla al Mérito Vasco Núñez Balboa en Panamá. (Circular 37 de 1987)

La vida le concedió a sor Celina conocer y compartir con la madre Caridad Brader; de ahí que la Congregación le debe la escritura de dos libros: *Madre Caridad Brader y La Madre Caridad, apuntes para su biografía*, gracias a los cuales conocemos la obra y carisma de la madre fundadora. A la biógrafa de la madre Caridad se le debe la colección de sainetes y alegorías que reposan en el noviciado de la Casa Madre Maridíaz, Pasto, con los cuales aún se engalanan las fiestas congregacionales.

Ella, como buena discípula de la madre Caridad, vivió intensamente su consagración a la vida religiosa, del mismo modo que vivió con pasión e intensidad su vocación de poetisa, mediante la cual expresó la riqueza de su interioridad y la profundidad de sus convicciones en cada acorde, verso y puesta en escena, como una manera de excelsa de evangelizar, admirar la belleza y vivir la espiritualidad franciscana.

Sor Celina invita a caminar y dejar huella, a soñar e imaginar y a mantener los pies firmes en la realidad; a plantearse metas y esforzarse por cumplirlas, siendo fieles al proyecto de vida que Dios inspira en cada persona. Ella reconoció siempre, tal como se evidencia en sus dibujos, que Dios jamás se cansa de buscar, insistir y esperar, porque su misericordia es infinita. La vida de esta hermana también enseña a recibir lo que Dios da y hacerlo producir, como el siervo fiel de la parábola de los talentos.

Poemas



Ilustración de sor María Celina de la Dolorosa
Digitalización de D.G. Francisco Luna (2025)

Mi santa regla

¿Quién la pensó tan santa?... ¿Quién la escribió tan bella?
¿Y quién grabó sus letras con el néctar de la vida?...
¿Quién perfumó sus hojas con la divina esencia
y puso en sus palabras verdades tan sentidas?

Cuentan que el *Poverello*, buscando a Dios, su todo,
en éxtasis de amor, fue a estudiarlo al cielo;
y mientras que sus dedos trazaban letras de oro,
la modulaba un ángel al son de un violoncelo.

Cuando empezó a leer, vinieron a escucharla,
cual nuevos serafines, los frailes, sus hermanos,
y entonces parecía con sus estigmas santas,
un vivo crucifijo que hubieran desclavado.

La rubricó con lágrimas y la entregó en herencia
a sus humildes hijas, las pobres franciscanas,
y, entonces, como el ángel de la visión eterna:
«Toma este libro y cómelo», le dijo a cada hermana.

Quién come su enseñanza manduca a Jesucristo
en una eucaristía de virginal dulzura,
y tiene entre los labios la miel de un panal místico,
el que en su pecho guarda la hiel de su amargura.

Amarga es su doctrina que cura nuestros males,
amargos manojitos de mirra sus preceptos,
pero en su seno humilde se guardan manantiales
de néctar perfumado como en la flor de ajenjo.

En sus anhelos puros, en sus sueños santos,
han visto las hermanas sus frases como rosas
que marcan un sendero del mundo en los quebrantos
y va a perderse el cielo cual ruta misteriosa.

Por eso la han amado, por eso la han seguido...
por eso han inmolado su madre y dulce hogar,
la patria idolatrada, los grandes cariños,
pues tuvo el caminito su irresistible imán.

¡Y qué extraño prodigio!... La joven que ha quebrado,
en raptos de heroísmo, la copa del amor,
aquella que ha hecho añicos fortunas de alabastro
y derramó el ungüento del más preciado honor...

En esta *santa regla* contempla una fortuna
que el ángel no ha podido llegar a merecer,
y alegre se conforma con la pobreza ruda
y ciñe con espinas punzantes su alba cien.

Las hermanas muertas llevan a la tumba,
envuelta en el rosario sobre su pecho frío,
cual germen de otra vida que no termina nunca,
como promesa eterna de amores y desvíos...

Yo he visto las ancianas, sus hojas,
y entonces me parece que lluvias de diamantes
se incrustan en sus letras, porque el dolor las moja
con esa savia pura que es la de las almas... ¡sangre!

También yo la he leído cegada por el llanto,
cuando la lucha cansa y el alma sufre y duda,
y entonces, en letras como en cadena de astros,
un hilo de esperanza me señaló la ruta.

¡Oh, *regla franciscana*... glorioso testamento
de un serafín humano que celebró sus bodas
con la pobreza santa... Tú nos darás el cielo
porque eres nuestra dote... nuestra riqueza tod*a.*

Y sí tal vez mañana, con un traidor agravio,
desmiento lo que jurado: guárdate hasta la muerte,
permite que este día te siga con mis labios
y dejé en tus hojas mi vida eternamente.

Qué en mi último momento y entre mis manos frías,
cuál rayo de esperanza que asoma desde el cielo,
quiero estrechar mi *regla*, sintiendo en agonía
que la modula un ángel al son del violoncelo.

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1945-1946, pp. 125-127

El cuento de un pajarito

Era un lindo pajarillo
que, en las vigas del convento,
gorjeando bellos trinos,
irradiaba su contento.

Se aposentaba en el techo
que cubre las escaleras
y estaba siempre en acecho
de quien por ellas subiera.

Nuestra madre y superiora
pasaba allí pensativa,
recibiendo en cada hora
una cruz por tantas hijas.

Y mientras, por tanta carga,
su pecho daba un suspiro,
el pájaro le cantaba
cual saludo: ¡Juicio! ¡Juicio!...

Y subía la secretaria
llevando dentro del cerebro
archivos, oficios, actas
cartas, notas, testamentos.

Y mientras iba pensando
la respuesta a tanto oficio,
el pájaro adivinando
le cantaba: ¡Juicio! ¡Juicio!...

Y pasaba sor Verónica,
llena de almas de sonatas,
meditando, en buena lógica,
unas ciencias nada exactas.

Y el pájaro ante la música
se asomaba en su resquicio,
y trinaba con voz única: ¡Juicio! ¡Juicio!...

Y venía sor Genoveva,
preocupada por mil cosas,
hecha la mente colmena
de las ideas vagarosas.

En ovejas y abejas,
en viaje y en equipajes,
en paletas y en maletas,
Su pensamiento hecho gajes...

El pájaro le cantaba
cuál canción de paraíso,
revoloteando en las gradas
y de prisa: ¡Juicio! ¡Juicio!...

Y pasaba sor Marcela
con la mente hecha un enredo,
de cabuyas y de sedas,
de bordados y remiendos...

Con casullas y estolas,
se ha formado ella un suplicio...
Y la avecilla cantora
le gritaba de burla: ¡Juicio! ¡Juicio!...

Subían las cocineras,
llevando perfumes de ajos,
alegres como saleras,
humildes, los ojos bajos.

Y el pájaro que sentía
la propiedad del oficio,
su consejo repetía
cantándoles: ¡Juicio! ¡Juicio!...

Pasaban las enfermeras
con inyecciones calmantes,
con píldoras y recetas,
y jarabes y purgantes...

Y también sor Liberata,
nunca libre de cuidados,
por huéspedes, tantos tantos,
que a la casa van llegando.

Y con hábitos y velos,
que ya no alcanza a acabar,
sube, a prisa en sus desvelos,
el querube celestial...

Y sigue sor Barbarita
sin hacer barbaridades;
lo mismo que sor Clarita,
con internas claridades.

Y carga sor Bernardita,
del capellán los pucheros,
mientras desayuna medita
salterios y más salterios.

Ve pasar sor Rosario
del cerebro echando chispas
porque es émula de sabios,
y ¡Juicio! ¡Juicio! también le grita.

Van subiendo las porteras,
con recados que es un gusto...
y pasan las costureras,
con trabajo que da susto...

Siguen las planchadoras,
llevando ropa a atracones,
y las madres profesoras,
con problemas a montones.

Y ve que van las novicias,
chorreando sus disparates
a comprar buenos colores,
a la celda de la madre.

Y pasan todas las monjas,
y el pájaro no remiso
les canta sin miedo a todas
sin cesar: Juicio y más juicio.

Entonces la secretaria,
para sus fueros, resuelve
matarlo para el museo,
porque pinta las paredes.

Al ir la *Mutter* querida
a su viaje a Puerto Asís,
el gárrulo de las vigas
no se volvió a sentir.

Y al volver, inesperada,
encontró allí, en su celda,
el pajarito anidaba,
añorando por su dueña.

No se refiere el mandato,
se lo pueden suponer...
que puso el travieso pájaro
en el apuro postrero.

Y la madre cocinera,
hecha ya a torcer pescuezos,
lo atrapa con mano fiera,
lo pincha y lo deja tieso...

Y así, por la vez postrera,
en el gárrulo pajarillo,
les dijo a las cocineras
ya muriendo: ¡Juicio! ¡Juicio!...

Las madres se lamentaban
al saber este suceso,
más la madre secretaria
las consolaba diciendo:

«No lloren que era soltero...»
Más en los siguientes días,
la pájara y los polluelos
en trinos se deshacían.

Y al ver que no contestaba,
el pájaro, sus gorjeos,
tendieron sus pardas alas
y se lanzaron al viento...

Se asomaron al museo
y vieron al pajarito
y se alejaron gimiendo
para siempre: ¡Juicio! ¡Juicio!...

Allí se halla en el museo,
como un ejemplar preciso,
y a todas está diciendo
en silencio: ¡Juicio! ¡Juicio!...

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1945-1946, pp. 158-161

Anagrama: yo me gozo en Atriz bello

Monseñor Emilio Botero González

Yo no sé dónde he leído
que en los nombres un secreto
hay escondido, como misterio
del que es dueño del destino.

Esto fue, señor obispo,
lo que movió un día
a escudriñar lo que había
de su nombre en el abismo.

Y ya ve lo que salió:
«Yo me gozo en Atriz bello»
Causa extrañeza, ¿no es cierto?
¡Más que extrañeza, qué estupor!

Permítanos, con respeto,
ya que dimos este paso,
hacer un segundo ensayo
interpretando el aserto.

«Yo me gozo en Atriz bello»
Es la parte de su aprisco
que ha entregado Jesucristo
a mi amor y a mi desvelo.

Me han contado que mis greyes,
como el Galeras soberbio,
tienen el alma de fuego
y el pensamiento de nieve.

He de darles una hoguera:
¡el corazón de María!,
ya que el papa, en este día,
como a salvación lo muestra.

Y cuál nieve virginal,
la divina Eucaristía
es el pan de la alegría
que les traigo en mi morral.

«Yo me gozo en Atriz bello»
es mi herencia para siempre
y formará eternamente
mi rinconcito de cielo.

Es el tálamo y santuario
de esta diócesis, mi esposa,
ciudad teológica hermosa,
de gloria y de fe relicario.

Pues, me recuerda este anillo
que, si soy dueño de Atriz,
Atriz es dueña de mí,
en eterno compromiso.

Así el buen pastor quiso
que fuera mi esposa amable,
y los hijos de su valle
son pedazos de mí mismo.

Será la mitra tal vez,
la corona que con zarzas
el sufrimiento entrelaza
¿¡Para ceñirla en mi sien!?

Tú me la diste, Jesús;
transforma la espina en rosas,
y en mi rebaño deshoja
¡sus pétalos hechos luz!

Pues cuando rezo extasiado
a la Virgen de Mercedes,
pastora eterna en la sede,
¡qué ternura me han confiado!

Siento un cariño antioqueño
que, dentro del alma mía,
grita ardiente: ¡Ave María!
y hasta el dolor es risueño.

¡Lo que tú quieras, mi Dios!,
es también lo que yo quiero,
si es mi cruz de caballero
o el cayado de un pastor.

El sufrimiento es tu sello
y por eso te repito,
cuidando el redil de Cristo:
«Yo me gozo en Atriz bello»

Y perdone, su Excelencia,
si tal vez en su anagrama
alguna espina se engarza
con importuna ocurrencia...

De su nombre, bien o mal,
éstas son las letras justas,
dele, pues, toda la culpa
a la pila bautismal.

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1946-1947, pp. 66-67

Los hermanos del santo

En la vieja hermosura de los campos de Umbría,
reflejando en matices un ensueño de Dios,
se despierta la aurora… desperezándose el día…
Y el hermano arcoíris, en la tenue neblina,
¡es un sello de amor!…

Y el seráfico fraile, viva imagen de Cristo,
de pupilas de estrella y alma toda de cielo,
como insomne azucena que saliera del risco,
transitaba silente desgranando el rocío,
¡hecho perlas sin cuento!

Más de pronto, sus labios, requemados de amores,
¡Oh, mi Dios y mi todo!, cual gemido rezaron.
¡Oh mi Dios y mi todo! repitieron las flores,
y las brisas inquietas, recargadas de olores,
¡con piedad contestaron!

Y los gárrulos pájaros, los hermanos del santo,
despertaron del nido con orquesta triunfal;
en perfecta alegría desataron sus cantos,
y sus picos sonoros, cual preciosos silbatos,
¡anunciaron la paz!

Las saladas criaturas por oír a su hermano
se lanzaron veloces desde el bello escondrijo,
y poblaron el aire gorgoritos arpados…
y Francisco al mirarlas, levantando las manos,
¡con amor las bendijo!…

El gorrión ceniciento lo miraba extasiado;
los jilgueros trinaban sus divinos gorjeos,
de las mirlas canoras y el pardillo irisado,
y las dulces alondras, predilectas del santo,
¡fue envidiable el torneo!...

Con cadencia celeste, su sonata
más suave en los hombros
del Fraile, preludió a un ruiseñor...
y calló la bandada porque el santo y el ave,
¡trovadores del cielo!...
en su lid inefable alabaron a Dios.

Y les dijo Francisco con su voz hecha trinos:
¡Avecillas del cielo, pajaritos de Dios!,
vuestro Padre os prepara los nidales pajizos,
y las plumas de seda, los granitos de trigo
¡requebradle de amor!

Agacharon sus lindas policromas cabezas
y el sermón escucharon.
Con gentiles meneos afirmaban graciosas
las verdades tan buenas,
y al jolgorio tornaron cuando el Santo con señas
¡les mostró su deseo!...

Los canarios entonces un concierto de gamas
ensayaron cual flautas del edén celestial,
el colibrí diminuto le besó las sandalias
y curucuteando mansamente arrullaba la paloma torcaz...

Y siguió el *Poverello* restregando la espiga
que asomaba a la vera del tostado camino,
para dar a las aves su maná de ambrosía
y, en el dombo del cielo, la fugaz golondrina
¡le anunció el paraíso!...

Saludó al sol radiante que en la luz
por la alfombra ¡resbalaba al cenit!...
y sus manos benditas,
con el estigma de Cristo, consagraron sus obras.

La silueta del santo proyectaba
en la sombra ¡una cruz infinita!
Desde entonces, parleros, en las noches oscuras
y en las claras mañanas de mirífico encanto,
con sus trinos y arpegios y sus notas más puras,
¡Oh mi Dios y mi todo!... en los nidos susurran
los hermanos del santo.

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1946-1947, pp. 88-91

Ciudad ignota

Para las franciscanas
que trabajan en el campo misional
del Putumayo, va este canto
a la capital de la Comisaría.

En su tálamo hermoso de esmeraldas,
Recostada, con gracia soñadora,
mientras el sol se cuelga a sus espaldas
y, en un edén, se arrebuja entre sus faldas,
alza la frente la oriental Mocoa!
¡Tierra de promisión!... ¡Tierra de auroras!...

Eres el rico ensueño de la patria,
El tiempo, arando tu callada gloria,
sabe que, en el mañana de la historia,
será tu seno, su filón de plata!...

De los Andes, las moles atrevidas,
con cascadas de perlas, te saludan,
que se riegan do quiera en tus campiñas.
Luego sus cumbres hasta el cielo empinan
por ver la pampa que se extiende muda.

Tres senderos de plata son tus ríos
y ensartan con sus aguas vocingleras
la canción de la espuma en los plantíos,
que, al sentir sus caricias de rocío,
revienta su eclosión de primaveras.

Sobre sus lomos de irisadas olas
resbalaron audaces los veleros
que cobijaban, con sus velas de rotas,
al alma hispana que, llegando absorta,
hundió en tus valles su mirar de acero.

Mudo de asombros escuchaba el indio
por vez primera el dulce castellano,
desangrándose allí como un idilio;
y vio, arrobado en místico delirio,
la cruz de Cristo en invisibles manos.

Y empezaste tu histórica epopeya:
los Agregas y Pérez de Quesada
conquistaron con savia de sus venas
tu heredad, que engarzaron como gema
en el manto oro y sangre de su España.

El nativo sintió celos salvajes
porque el blanco rapta tus encantos.
Grabó su nombre en todos tus parajes:
en tu bosque, en tu cielo, en tus paisajes
y exacerbó tus fuentes con su llanto.

Embriagado de amor escuchó entonces
que, con su dulce nombre de Mocoa,
te llamaban doquiera eternas voces...
Cogió en carcaj de sus pedidos goces
y se alejó silente en su canoa.

Y colgando muy lejos sus hamacas,
donde tus ríos con el mar ya sueñan,
supo que los colonos con sus hachas
dejaban en sus fértiles entrañas
la gran simiente que del bien se adueña.

Hoy, en progreso con su rueda alada,
perfora el viejo arcón de tus tesoros,
el Dios de paz bajo su cruz te ampara,
y Colombia te envuelve en su oriflama
hecha de cielo azul de sangre y oro.

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1947- 1948, pp. 91-93

Mi anillo de profesa

Cuántas veces contemplo con delicia
este anillo bendito de profesa,
siento de Cristo la feliz caricia
que a los ángeles mismos embelesa.

Es de todas las joyas la más bella
este anillo de humilde franciscana,
es de mi esposo la inolvidable prenda
qué he de lucir en la eternal mañana.

¡Oh, qué gloria es sentirlo entre mis dedos!
¡Oh, qué dulce es llevarlo hasta los labios!
Al mirarlo trabajo con denuedo
y al besarlo se olvidan los agravios.

En mis horas de efímera alegría
cuando hay rosas de amor en este suelo,
es un prisma sagrado que me invita
a fijar las miradas en el cielo.

Si enclavada en la cruz del sufrimiento
a través de mis lágrimas lo miro,
me parece una estrella entre mis dedos
que ilumina las sombras del camino.

Es en la juventud dulce alegría,
en la edad trabajosa, fortaleza,
y en la vejez cansada de la vida,
una esperanza de la dicha eterna.

Es el timbre divino con que llego
para llamar al dueño del Sagrario,
y me parece entonces que mi ruego
sube hasta Dios como encendido dardo.

Y en silencio de la noche oscura,
cuando el alma se agita desolada,
sursum corda me dice su luz pura
cual diminuto faro de esperanza.

Relicario feliz de mis amores,
donde guardo mi fe de desposada,
donde encuentro la paz en los dolores
y un talismán de dicha en mi jornada.

Es el arco nupcial que me dio Cristo,
en esa aurora augusta y misteriosa,
en que bajando amante hasta un abismo
por primera vez me llamó: ¡su esposa!

Como perla, una cruz lleva tan solo,
esa cruz que de Cristo fue el anhelo,
el más hermoso y virginal tesoro
que labraron los hombres para el cielo.

¡Oh!, que nunca se caiga de mis dedos,
que lo lleve conmigo cada día,
que en mi muerte me sirva de consuelo
y en mi tumba de eterna compañía.

Su resplandor de tímido lucero
a cuya dulcedumbre no resisto,
me hace pensar que este aro que venero
es un beso del mismo Jesucristo.

Es la llave de fuerza omnipotente
con que abriré la puerta de los cielos,
cuando escuche en los brazos de la muerte
el *veni, sponsa Christi, postrimero.*

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1947- 1948, pp. 65-66

El ángel del violoncelo

Cariñosamente a sor M. Verónica, R. F.

La noche hila en su rueca la sombra y el silencio,
y todo se aparece llorando en derredor...
Sus hebras de oro y plata destilan los luceros,
los pájaros sollozan sus trinos *postrimeros*
y vierten su rocío las nubes con pudor...

¿Por qué lloran los seres de la creación entera,
como si fuera su alma esponja que, empapada
en mares de amargura, sus hieles exprimiera,
brotando en cada poro la esencia de sus penas
en una inmensa lágrima purísima y callada?

Piadosos acompañan el llorar de su hermano**,**
recogido en el hueco en un abrupto peñón...
El hermano del fuego del granizo, en inviolado,
de las aguas tranquilas que se quejan rodando,
de la luz y la brisa del perfume y la flor...

Fray Francisco que gime tristeza extasiado
y derrite sustancias de doliente expiación,
porque no halla consuelo ni celeste ni humano,
estremece las selvas repitiendo endiosado,
entre amargos sollozos: ¡No es amado el Amor...!

Y, en las crestas sombrías, contestaban los vientos,
y las nubes bañadas de un extraño esplendor,
y las aves gemían su profundo lamento,
y los claros luceros, con sus rayos sin cuento,
en la noche escribían: ¡No es amado el Amor...!

Y Francisco moría en su intenso quebranto:
...El amor no es amado... No es amado el Amor...
Como un grito del alma, empapado en su llanto,
desgarraba los aires... y, al oírlo angustiados,
se enlutaban los astros bajo un negro crespón...

Un diluvio de luces inundó de repente...
El rumor de dos alas se sintió palpitar...
y bajó su ángel puro que, en sus manos de nieve,
celestial violoncelo, de hermosura muy leve,
apretaba riente con gracioso ademán.

Pulsó el arco en la cuerda que, en un raudal de armonías,
desató el violoncelo, como orquesta de amor...
Oh, qué dulce remedo de la música misma,
que al edén embelesa y en delicias abisma,
y es amor, sinfonía y perpetua oración.

Embriagó a fray Francisco, dulce gozo exquisito,
y vagó por sus labios celestial sonreír,
acalló dentro del alma su amarguísimo grito...
y fue tanta la llama de su amor infinito
que encendió sobre el cielo el clarear del rubí.

En un lecho de luces, se quedó desmayado
cuando el sol para verlo las auroras rompió...
Y Francisco era un ángel de los cielos jugado,
y en su cara tenía los fulgores de un astro
y el reflejo más lindo de la cara de Dios...

La leyenda termina con dulzura inefable,
presintiendo la música de la patria de amor,
esa música bella que es la voz impalpable
que, arrobada en sus éxtasis, oye el alma que sabe
cuánto pasa encerrado en los labios de Dios...

Para ti franciscana que has llorado en la vida,
la amargura silente del dolor y del mal...
para ti que has luchado la batalla reñida
y el ocaso contemplas con la frente ceñida
por espinas punzantes del humano zarzal...

Anhelamos hoy día, con afecto latente,
Que, en tu pena y trabajo para darte consuelo...,
baje el ángel artista con sus manos de nieve
y, entre suaves sonrisas..., pulse un acto muy leve,
desatando en mil notas celestial violoncelo...

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscanas, 1948- 1949, pp. 25-27

Bandera colombiana

¡Bandera colombiana!... te hemos visto
flotar gloriosa, inmaculada y bella
sobre la cumbre, el valle y el abismo,
como un divino manto hecho de estrellas.

Tu franja de oro simboliza libre
la santa religión del cristianismo;
tu azul, el manto de la Madre Virgen;
tu rojo, el corazón de Jesucristo.

Nuestro credo palpita en tu regazo
y eres de nuestro amor la eterna aurora,
porque tienes cual mágico retazo,
grabada en ti la colombiana historia.

Hoy nos cuentan que te hallas en peligro,
que mano artera intenta locamente
revolcarte en el polvo del camino
y salpicar con fango tu amplia veste.

Más... no será mientras tengamos vida,
hoy como ayer, sabremos defenderte,
somos pichones de águilas andinas
que por tu bien desafiarán la muerte.

Te hacen guardia de honor mil corazones,
y por eso bandera bendecida...
los siglos te han de ver hecha jirones,
teñida en sangre, pero no vencida.!

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1948-1949, pp. 85-85

El ajedrez eterno

Interpretación del óleo de Worlitz Retsch

¡Mi sueño he realizado!... Los frágiles pinceles,
pintando hora tras hora, grabaron en el lienzo
el cuadro que la vida trazó antes en mi mente;
resumen de la lucha del hombre en todo tiempo.

Un joven peregrino y el rey de las tinieblas
en un supremo esfuerzo de angustia y ansiedad,
el ajedrez trastea para ganar su apuesta,
sobre una tumba arcana del arte medieval.

La araña, que agorera espiando allí taimada
encima del sarcófago, se burla del misterio,
nos cuenta de las redes las sutiles tramas
y la macabra urdimbre de Lucifer artero.

El diablo con el lujo condal de su vestuario,
su casco de plumaje, su capa purpurina,
denuncia al caballero bandido y sanguinario
que tiene con el crimen sellada su rutina.

Su mirada es malicia que se encarna en relámpagos,
semejando reflejos de una llama del infierno,
que ilumina tan solo los rincones nefandos
donde tienen los vicios sus sopores funestos.

Su sonrisa es la mueca de un sarcasmo perverso.
En su eterna tortura nunca puede reírse
el que lleva en los ojos con fulgor de tormento,
de su cielo perdido las visiones más tristes.

Es por eso que astuto con el juego se lanza
a impedir tenazmente que alguien gane su silla,
que él contempla en la noche donde no hay esperanza
como un astro que quema sin piedad sus pupilas.

El dragón lo vigila con sus ojos candentes.
Y un león aplastando con su garra opresora
la infeliz calavera que es reliquia de muerte,
al respaldo, jadeante… los instantes devora.

El joven contrincante se ve que es un viajero…
ceñido el morral tiene, pero el camino olvida
pues su alma está en un hilo pendiente de aquel juego
que encierra en una apuesta la clave de su vida.

Se mira en los escaques bregando de ambas partes
las más impresionantes y más extrañas fichas;
que, en una alternativa, reñida, espeluznante,
los raros jugadores disputan y se quitan.

En medio de los peones, alfiles y oficiales,
el rey blanco es el alma, y el rey negro, Luzbel;
se bate contra ellos, la trama interesante;
será esclavo el que pierda su juego de ajedrez.

Avanza desafiante la escuadra ruda y negra
con el monstruoso sátiro que amor y vida roba,
los fieros dragoncillos, el mono de soberbia
y la mujer que brinda venenos en su copa.

En cambio, el peregrino certero ha liquidado
el pavo de las iras y el bicho de la duda,
y pensativo y mudo su triunfo escudriñado,
el ajedrez eterno con avidez estudia.

El cínico demonio quitó a la blanca escuadra
la virgen con la palma que es símbolo de paz...
la estruja entre sus manos de garras afiladas
como alas de vampiro...y vuelve a comenzar.

Y aunque ha sufrido bajas, aún tiene el viajero,
en un alfil, el ancla que es símil de esperanza,
la virgencita pura...y aquel heraldo regio,
alzando como antorcha la fe que todo alcanza.

¡Y solo son dos fichas!, las que ganó el viajero,
y en contra suya luchan los más audaces vicios...
el triunfo del maligno transformará el averno
y llorarán los cielos si el joven es vencido.

Y en un balance horrible que aterra y espeluzna,
los ajedrecistas siguen su apuesta que anonada,
y así pasan las horas de aquella noche oscura.
mas no saben si acaso los halle por la mañana.

Un rayo de luz casta desciende de la altura
y baña las figuras del pobre peregrino,
como si Dios tasara con su mirada justa
el juego que ha tenido un ángel por testigo.

Y en el rictus amargo de su boca celeste...
y en la luz indecisa de inefable mirar...
nos parece que el ángel con dolor se estremece
preguntando en un ruego: ¿Quién, oh, Dios, ganará?

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1949-1950, p.p. 134 - 136

¡Oh, belleza siempre nueva!

Glosa de estas palabras
agustinianas, que en la capilla Eucarística
cantan seráficamente mis hermanas.

-I-
Yo pregunto a las estrellas:
¿Qué hacen mudas en el orbe?...
«Somos ojos», me responden,
«que sin pestañear siquiera»
contemplemos a Dios mismo
sin cansarnos día y noche,
pues de verle el suave goce
nos da luz en los abismos.

Él nos llama y respondemos:
«Aquí estamos» ... y temblando
escuchamos sus mandatos
que escribimos con reflejos.

No se cansan las estrellas,
¡Dios del cielo! de mirarte,
ni mis ojos de buscarte
¡Oh, belleza siempre nueva!

-II-

Hoy barrunto tu hermosura
en las obras de tu mano,
en el orden de los astros,
en la paz de la naturaleza.

Las tormentas y los vientos
me han contado tu grandeza,
y la flor con su belleza,
el perfume de tu aliento.

Las alondras al gemir
en sus frescos bebederos
y las aves del alero
a la luz le hablan de ti....

¿Qué hice yo que no te vi
en la aurora de mis días?...
Oh, Señor que eres la vida
¡Tarde yo te conocí!...

-III-

Tu pasaste junto a mi
siendo el Dios de los amores,
con la cruz de tus dolores
me llamaste y te seguí...

Y aunque tarde mi buen Dios,
quiero amarte con locura,
y traerte con ternura
muchas almas como yo...

Quédate pues con nosotros,
porque ya declina el día,
y la noche se avecina
en las almas y en los ojos.

Ven y asómate al camino
ni un lucero enciende el ángel,
mira y quédate que es tarde
¡Y muy tarde, Jesús mío!

-IV-
Me estaré a tus pies, Señor
de mi vida, en el ocaso...
y al quebrar el alabastro
de mi ardiente corazón...

Tú verás que nada queda
dentro de él que no sea tuyo,
y del nardo que contuvo
ni una gota sin verterla.

Te ungiré con los cabellos
de mis pobres ilusiones
y en tus ojos mis amores
hallarán todo su cielo.

Quiero verte hasta morir
embriagándome en tu palabra
porque ya con toda el alma
¡puse al fin mi amor en ti!...

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1950-1951, pp. 4-5

Misterio de las cosas pequeñas

Felicitación para el día en que cumplió 80 años de vida la meritísima
Madre Vicaria General: sor María Inés, R. F.

Guardan las flores el collar de perlas
que desgranó en su cáliz el rocío,
y trabajan silentes hasta verlas
convertidas en miel de las colmenas
o en fragancia exquisita del vacío.

La concha esconde en nacarado estuche
una gota de llanto de los cielos,
y sin que nadie su secreto escuche,
labrando con amor la perla esculpe
en el taller precioso de su seno.

Tiembla la luz entre los tules rotos
de las nubes cargadas de vapores,
y con su beso de misterio ignoto
el arco iris surge desde el fondo
como inmenso abanico de esplendores.

En los enigmas del pajizo nido,
el frágil huevo, cascarón de vida,
se trueca en ruiseñor, cantor divino!...
que es redoma de músicas y trinos
y es un mensaje, aunque fugaz, de dicha!

El humilde carbón de oscura mina
forja cuna de sombras al diamante,
que es la saeta de luz bella y esquiva
y es lágrima de Dios allí escondida,
cual diminuta estrella fulgurante.

El gusano que duerme en el capullo
siente nacer sus alas misteriosas
al rumor de miríficos arrullos,
y es portentoso y fúlgido cocuyo
o policroma y linda mariposa.

Y surge en las entrañas del pantano
como una flor del fango el casto loto
coronado de hechizos siempre extraños,
urdiendo las leyendas del arcano
con la esencia sagrada de lo ignoto!...

Un granito de incienso se consume
en el crisol de humilde pebetero
y se convierte en místico perfume
que en espiral de amor corta las nubes
y es plegaria purísima en el cielo.

¿Qué es un minuto, madre?... Es un suspiro
del tiempo que se va como un ladrón,
y en esos instantes de caduco ritmo
han forjado en el seno del Dios mismo,
tu vida en sus 80 años de amor!...

Es la mano de Dios que se siente
en las cosas menudas de este mundo,
maravillas sembrando dulcemente...
así en la chispa de agua del torrente
como en el suave musgo sitibundo.

Que esa mano transforme nuestros votos
al bendecir tu noble natalicio,
en raudal inexhausto de tesoros;
y diadema de célicos decoros
para tu frente guarde en lo infinito.

Nuestra oración, oh, ¡Madre!, se convierta
para llenar de gracias tu destino
siendo gota no más, en fina perla,
siendo carbón, como diamante vierta
el suave resplandor divino.

Que arrulle como pájaro en su nido
una canción de amores celestiales,
te alumbre cual cocuyo peregrino
y alegre como el iris tu camino
¡y suba como incienso en espirales!...

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1950-1951, pp. 62-64

¡Luz, esperanza y nido!

Una herencia tenemos en la tierra
dulce como la vida;
hondo secreto de ternura encierra
y ventura escondida.

Todo el dolor posible también guarda
y el halo fascinante de su enigma
nos relata, desde el latido, que el pesar retarda
hasta el gemir de eternas despedidas.

La dicha y el dolor se encuentran fijos
en esa herencia eterna y bendecida, que es en la vida:
Luz... esperanza... y nido: ¡el crucifijo!

¡Oh, crucifijo-antorcha!
Antorcha que se pasan de mano en mano
todas las generaciones franciscanas,
ya milenarias en el vivir humano.

Donde encienden la lumbre que derrochan
los arcos del arcano, y donde copian luz
las consteladas luminarias que se encapotan
¡de fúlgido capuz!

En él tejen sus redes
recuerdos que se quedan colgados en el alma
como musgos fieles
al árbol viejo que aman.

Como la luna...
Que solo luz derrama por el cielo
y las manchas oscuras de su duelo
¡son solamente suyas!

Ilumina la sombra de tempestades sordas,
de esas que se enfurecen
en el cuenco insondable de la vida,
que revientan sus olas en la orilla,
se coronan de espuma y fenecen,
solo porque al morirse lánguidas
abren el paso a nuevas avenidas
de penas escondidas y de lágrimas.

¡Crucifijo-esperanza!...
Piedra de toque es el dolor
donde se prueba el alma,
donde deja su escoria la amalgama
que se convierte en el metal de Dios.

Dulce es sufrir al pie del crucifijo
cuando en su pecho herido
el ideal del alma se halla fijo.

La abeja del recuerdo chupa hieles
en el cáliz amargo del ajenjo,
pero al sentir el hábito exquisito
de las flores abiertas en sus llagas de fuego
¡Se transforman en mieles!...

Que si el lodo salpica nuestra veste,
el crucifijo santo es la piscina,
por cuyos cinco manantiales vierte la esperanza divina
convertida en su sabrosa sangre omnipotente.

Y si en vértigo vamos al abismo, es salvadora escala;
en la fiebre, en la sed del pesimismo... ¡es medicina!
Y al arrastrarse el corazón vencido
en la arena candente de los circos...

¡El crucifijo es ala!
En la esperanza, premio de las almas santas,
y la esperanza salvadora eterna,
de la que fuera ingrata.

¡Oh, crucifijo-nido!
Si el bíblico Cantar de los Cantares,
en la hendidura peñascal del risco,
teje nupcial corona de azahares
para que el dulce Amado en un deliquio
mitigue de la esposa los pesares...

Son místicas palomas nuestras almas
y buscarán su nido eterno y fijo
en la hendidura abierta de las llagas,
con que los clavos del amor desgarran
¡al marfileño y triste crucifijo!

Todas las aflicciones que en ese nido
guardan nuestras almas
serán mañana divinos ruiseñores
que en el desierto de la vida humana
ahuyentarán con trinos los dolores.

Si las lágrimas caen como semillas
en este nido místico y sangriento,
frota su primavera el sufrimiento:
en las flores de amor que maravillan
y en las flores de luz del pensamiento.

Llamemos insistentes
a las puertas del corazón herido,
porque vivir en él
es vivir a la sombra de Dios mismo.

Nuestro anhelo entre causes de ternura
busca de su prístina lumbre los vestigios
oteando tras sus huellas de martirio...
y en las horas de incógnita amargura,
al bañarnos reflejos diamantinos,
¡seremos otros tantos crucifijos!...

Un saludo mejor nunca hallaremos
para mostrarnos hoy nuestro cariño,
que poniendo los ojos en el cielo
y en los labios la hiel del sacrificio
abrazaros al pie del crucifijo ...

Luz, esperanza y nido en la jornada,
luz esperanza y nido en la muerte,
y al surgir tras la muerte la esperanza,
cual mariposa que su aurora siente
y como flecha hacia el azul se lanza...
¡Luz y nido de amor eternamente!

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1951-1952, pp. 19-21

Ensueños

Dedicado a sor M. Catalina, R. F., secretaria de la Congregación

Charlando una vez contentas
nos contaste que, en tu anhelo,
te figurabas el cielo
¡todo lleno de glorietas!

Las glorietas del ensueño
de tu niñez dulce hechizo,
rincones de paraíso
tan floridos cual risueños.

Glorietas en todas partes
de ese rarísimo cielo,
ricas en flores sin cieno
y amontonadas con arte.

Glorietas que en la alameda
han sombreado los arbustos,
donde una se esconde a gusto
oculta entre enredaderas.

Te llegaste a imaginar
como una dicha perfecta,
pasarte en linda glorieta
todita la eternidad.

Y a los castos resplandores
de las lámparas del cielo,
acariciar sin recelo
tu sueño eterno: ¡las flores!

Si el cielo y las glorietas
es tu ilusión de aleluyas,
¿Cómo escoges la tuya?,
te preguntamos inquietas.

Pues hemos pedido hoy día
que, cual regalo de fiesta,
te dé el Señor la glorieta
que forjó tu fantasía.

La quieres con los colores
de esmeraldas y rubíes,
donde la luz se deslíe
convertida en arreboles…

¿Cómo un kiosco la prefieres
pequeñito y agorero,
donde cantan los jilgueros
entre frondas de laureles?

¿La quieres hecha de cañas
de los celestes guaduales,
do los astros siderales
se entretengan como arañas?

¿O tal vez cual una torre
de misterioso castillo,
con perfumes de tomillo
e idilios de ruiseñores?

¿Una glorieta suntuosa
como un tacín de claveles,
do repique cascabeles
una fuente rumorosa;
y cuelguen su cortinaje
las hermosísimas yedras,
mientras desgrana sus perlas
el rocío en el paisaje?

¿O la sueñas con begonias
al lado de orquídeas leves,
y eleváis hechas de nieve
esas que tu alpe retoña?

¿Margaritas placenteras
con mil corazones de oro,
geranios como un tesoro
de la eterna primavera?

¡Soñemos, alma soñemos!
que todo se lo merece
quien por su dueño padece
siempre alegre y en silencio.

Quien trabaja y se fatiga
y sabe de sufrimientos,
y lleva su pensamiento
cercado como de espinas.

Quien guarda entre sus amores
la familia franciscana,
y le da cada mañana
la ofrenda de sus dolores.

Si obsequiarte no podemos
el cielo de las glorietas,
en la mística floresta
grabamos tu nombre bueno.

¡Y una glorieta hemos visto
digna sí! ... de tu esperanza
la puerta la abrió una lanza
porque es el pecho de Cristo.

Allí encuentres tu consuelo,
siendo su esposa, ¡por suerte!...
y ganarás con la muerte
una glorieta en el cielo.

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1951-1952, pp. 67-69

Salmo de alegría

En testimonio de afecto a las exalumnas franciscanas
de todos los tiempos y países

Hermana exalumna de alma franciscana,
que pasas llevando en tus manos sedeñas,
cual lámpara ardiente, tu santo ideal,
tu mística llama
deje por doquiera
bella claridad...
que tú misma seas llena de virtud,
nítida y radiante, cual la hermana luz.

Pasa por la vida
siempre cantarina,
y al alma sedienta, pobre y sin apoyo,
dale las frescuras, dale las canciones
plenas de ilusiones del hermano arroyo.

Y el aroma puro
de un sagrado amor
brinda a todo el mundo
cual la hermana flor.

Si está tu camino sembrado de abrojos,
si sientes espinas dentro del corazón,
cuando lloren hieles cansados tus ojos,
oye los arpegios de fray ruiseñor...

Ese hermano trina
trepado en las zarzas,
su sonata esquiva
¡pues siempre adivina
lo que son sus alas!...

Pasa murmurando tu oración de amores
y tu ruego atraiga de Dios la caricia,
pasa refrescando todos los dolores
cual la hermana brisa.

Hermana exalumna de alma franciscana,
que atisba inquieta la paz del mañana...
ama el sufrimiento,
fragua de los fuertes,
luz del pensamiento
y escuela do aprenden las almas selectas
su lección perfecta.

Ante dos altares, la mujer oficia
su ritual de amor:
el altar de Dios
donde la liturgia es la santidad,
y el altar inmenso de la patria misma
donde es la familia
un ara de paz...

Si es sacerdotisa,
la mujer ignora el mezquino egoísmo
¡porque su liturgia toda es heroísmo!

Sin amor a Cristo y sin caridad
somos como abismos pobres de ideal...
y ¡toda la vida que en penas se agota
es un ánfora rota!

Un vaso sin fondo es el corazón
que solo se llena recibiendo a Dios...
Las almas fallecen de sed infinita,
sed devoradora de paz y de amor,
que tus manos abran cuencas compasivas
de dulce frescor,
que sea sed ardiente,
¡Solo sed de Dios!...
Vamos siempre humildes y caritativas
por el mundo impío,
como fray arroyo
y como fray rocío...

Baja fray torrente desde las alturas,
su hábito de espumas
desgarran las piedras que a su paso toca,
mientras él pregona sin cansar su voz,
por todo el camino que partió en las rocas,
¡siempre peregrino!...
la gloria de Dios.

Id también vosotras...
bajad al abismo
predicando humildes mensajes divinos.

La vida es hermosa, la vida es amor,
y las mismas penas ¡son dones de Dios!...
Llevad en los labios inmensas ternuras
olvidando agravios,
y dando aguas puras
a buenos y a malos;
siempre inagotables mostrad los arcanos
del perdón sagrado, ¡del amor clemente
como fray torrente!...

Hermana exalumna de alma franciscana:
desde los palacios del cielo fulgente,
te mira silente
nuestra hermana estrella...
pone en tus pupilas sus lumbres arcanas,
deja en sus miradas su fulgor de lágrimas para toda pena.

Llora con el triste, pero sea tu llanto
desgranar de perlas
sobre las miserias
de todo quebranto...
¡cual la hermana estrella!...

Los hermanos pájaros, frailes del espacio,
desde las auroras hasta los ocasos,
vuelan predicando perfecta alegría
con los argumentos de su algarabía...

¡Almas franciscanas!
tentamos como ellos
sin miedo las
¡alas en forma de cruz!...

Siendo aves del cielo,
la noche y el alba, la sombra y la luz,
sientan el conjuro de eterna armonía
que ahuyenta bendito la melancolía...

Siempre las criaturas
miren que endiosadas
llevamos por alma celeste laúd,
y en toda jornada
nos oigan el salmo,
ventura del día,
el salmo que canta
perfecta alegría.

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1951-1952, pp. 81-83

Díptico

A mi hermana sor María Teresita de San José,
en sus bodas de plata de vida religiosa

Primero: Cristo en tu vida

Si tu vida es la barca misteriosa
que navega silente hacia lo ignoto,
no temas las tormentas tempestuosas
Jesucristo es piloto.

Si tu vida es estrella
entre las sombras, rompiendo los vacíos del azul,
surge sobre los tumbos que te asombran,
Jesucristo es tu luz.

Si eres triste viandante del desierto
y ofuscan las arenas tus destinos,
y es solo un espejismo el pensamiento,
Jesucristo es camino.

Si tu vida es la llama
que se extingue porque apaga tu lumbre un cruel dolor,
cuando todos te dejen y te olviden,
Jesucristo es calor.

Si tu vida es un ara
de holocaustos desde que rompe la primera luz,
si el sufrimiento oficia en tu santuario,
la víctima es Jesús.

Si es tu vida incensario misterioso
donde el grano fragante se consume
y en volutas subiendo adora ansioso,
Jesucristo es perfume.

Si tu vida armoniosa y abnegada
palpita cual si fuera un corazón,
para engendrar la vida en otras almas,
Jesucristo es amor.

Si tu vida es abismo
que insondable solo el arcano guarda en sus adentros,
desde la eternidad siempre inmutable,
Jesucristo es tu centro.

Si tu vida es el arpa
cuyas cuerdas al divino concierto ya se alistan,
para pulsar sus cántigas eternas,
Jesucristo es artista.

Si tu vida es el ánfora
que implora gotas de eternidad,
seca y vacía, para llenar tu entraña bienhechora,
Cristo es el agua viva.

Y si tu alma es el águila serena
que avizora impaciente lo infinito,
buscando su reposo en una peña,
Jesucristo es tu nido.

Si tu vida se colma de amargura
como una copa de ignorado ajenjo,
y el llanto solo es hiel que se depura,
Jesucristo es consuelo.

Cuando te acabes ya,
cual casto lirio,
en brazos de la muerte que te espía...
sentirás que, en el último suspiro,
Jesucristo es tu vida.

Y si tu vida fue radiante aurora
que declina en ocasos su esplendor,
enhebrando fulgores en tu historia,
Jesucristo es el sol.

Si eres la flecha errante y fugitiva
que en la fragua del sol busca su blanco,
ebria de santidad y luz divina...
Jesucristo es el arco.

Hoy y siempre tendiendo vas,
cual ave en alas del amor tu raudo vuelo,
porque sabes que, en vida perdurable,
Jesucristo es tu cielo.

Segundo: tu vida en Cristo

Tu vida en Cristo es solo un arroyuelo que
se adentra en los mares de su gracia,
más lleva en sus cristales todo el cielo con virginal audacia.

Si en el ocaso ya feliz pronuncias
tus votos como ayer puesta de hinojos...
es tu vida de amores y renuncias
la niña de sus ojos.

De tus miradas bellas y creadoras
que los astros se encienden en el cielo
y hacen surgir al sol en las auroras,
tu vida es un destello.

Y en sus labios divinamente tiernos,
llaves de la verdad pura y precisa,
es tu vida rodando hacia lo eterno
una leve sonrisa.

Para sus pies divinos y descalzos
que conjuran el mal y sus delirios,
tu vida acariciando cada paso
es alfombra de lirios.

Y allí en el cuenco de sus manos santas
como un arcano estuche del amor,
tu vida con su vida es una lágrima,
¡la perla del dolor!...

Y de su corazón que ha amado tanto,
que en fulgores incendia hasta el olvido,
y convierte en panales hasta el llanto,
tu vida es un latido.

Y con su Madre Inmaculada y pura
que, en la cruz, el pesebre y el Sagrario,
es hostia de dolor y de ternura,
tu vida es holocausto.

Para ensalzar la trágica hermosura
de su misa perpetua y eucarística,
transformada en un canto de ternuras,
tu vida es el Magníficat.

Junto al Sagrario
se encierra, a través de los siglos y los siglos,
para ser prisionero, nuestra herencia,
tu vida es un suspiro.

Y cuando multiplica el pan divino
en mil prodigios de inefable amor,
como maná de todos los caminos,
tu vida es el copón.

Y en el cáliz precioso de su sangre
que se derrama siempre y no se agota
por un milagro eterno y adorable,
tu vida es una gota.

Y en la sombra nocturna y solitaria,
cuando tantos le ofenden o le olvidan,
es tu vida, en la noche de las almas,
la lámpara votiva.

Junto a su cruz, retablo de dolores,
donde está cual racimo misterioso
prensado por salvar los corazones,
tu vida es un sollozo.

Si en la noche empapado de rocío
cual peregrino en los umbrales posa,
tu vida que lo busca con delirio
es ¡tálamo de esposa!

Y en tus bodas de plata religiosas,
sí cosechas de amor nupciales ramos,
tu vida en Cristo humilde y silenciosa
es ¡un epitalamio!

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscanas, 1953, pp. 140-143

Reloj de arena

Cada instante es moneda para el cielo
y por eso yo dejo
en tus manos divinas mis minutos,
que felices o rudos,
han de ser mi tesoro y mi consuelo.

¡Señor!, dame tu luz, ¡toma mi ocaso!...
Tu amor no tiene engaños;
la luz que enardeció todas mis horas
será como, en mi aurora,
la bendición de mis caducos años!

No tengo otra riqueza que mi vida.
Tal vez ya esté extinguida
la estrella que encendiste para guiarla...
pero antes de cortarla
toma mi ocaso y mi postrera dicha.

Dame tu luz aún, y mis poemas
serán la buena nueva...
entreabiertos como un lirio de monte
que tu sonrisa esconde,
envidiará sus gracias la azucena.

Mas si me encanta la ilusoria niebla
que al ocultarte tiembla...
si loco el corazón que no envejece
mi razón enceguece,
no me dejes, Señor, en las tinieblas.

Tú fuiste el ideal de mi candor
y mi primer amor.
Mi mano con tu mano vaya unida
¡Señor!, ...toda la vida,
que tú serás también mi último amor!

Tú fuiste el solo bien de mi inocencia,
la única ciencia
que ambicionó mi juventud ardiente!
pero hoy humildemente
busco el refugio fiel de tu paciencia.

Se va parando mi reloj de arena.
Todas las penas
hicieron dentro el alma el gran vacío
que solo tú, Dios mío!,
con tu presencia misteriosa, llenas.

Cada grupo de arena se convierta
en celestial moneda
donde tu efigie santa y adorada
la miren bien grabada,
cuando me quede entre tus brazos muerta!

Mas por si acaso en un momento aciago
te reclamo mi ocaso,
y desprecio tu luz con desvarío,
¡Dulcísimo Amor mío!,
por tu eterna bondad, no me hagas caso.

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1955, pp. 7-8

Canto triunfal

Al departamento de Nariño

¡Oh, Nariño!... triunfante patria fuerte!;
vieja raza muy noble y muy leal,
que conquista el milagro de su suerte
laborando canteras de ideal.

Tradiciones de gloria y de trabajo
son el nervio pujante de tu ayer,
pues leones iberos, legendarios,
has ungido a tu carga de laurel.

Son tus pueblos gavilla de promesas;
tus solares son yunques de honor;
los genios de la guerra con sorpresa
astillaron aquí lanza y valor.

Tu epopeya sin fin el mar exulta;
tus gestas de progreso cuentan el tren;
tus cóndores de acero marcan ruta
bajo tu cielo, pabellón del bien.

Que Dios guarde tu cuna de volcanes
y tu lujo ambarino de trigal;
el arrullo de vida en tus hogares
y en tus hijos el himno de la paz.

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1955, p. 11

Mi colegio franciscano

¡Oh, bendito Colegio Franciscano!...
¡paraninfo de gloria y de saber!
rincón de flores, bello y soberano,
vencedora palestra del deber.

Alcázar do fabrican los ensueños
de luz y miel los corazones puros,
que han sentido el impulso de lo bueno
y han sembrado laureles en tus muros.

¡Forja de juveniles heroísmos!...
¡cuna de franciscanas alegrías!
vieja historia insondable como abismo
donde desgranan su canción los días.

Arrullo de piedad tienen las brisas
que abanican graciosas tus rosales;
los luceros con luz tejen sonrisas
cuando se esfuma en tu portón la tarde.

Todo a tu sombra se transforma en flores:
ambiciones y albures peregrinos,
tristezas, triunfos, lágrimas y amores
hacen su floración en tus caminos.

Las almas son como místicas abejas
que el néctar de virtud liba ansiosas,
mientras sus alas impalpables juegan
sobre los mirtos y las lindas rosas...

Nos abren tus benditos semilleros
las esposas de Cristo cuando pasan
con los pardos sayales que un misterio
de amores y renuncias nos relatan.

¿Y tú capilla?... es ¡el cielo en un retazo!
prodigio de consuelo y de alegría,
donde nunca se esconde en el ocaso
el sol de la divina Eucaristía.

¡Gloria de Pasto! ... ¡Claustro franciscano!
pensil que se recuesta en el Galeras,
en ti se esconde Dios por un milagro
de ¡irradiación constante y verdadera!

¡Son astros las pupilas que te miran!
grumo de miel la lengua que te nombra;
joyel de luz el alma que te admira
porque todo es amor bajo tu sombra.

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1955, p. 68

El rosal de san Francisco

La sombra de la noche caía con misterio;
silencio soberano vagaba en la creación;
en cada brisa pura rezaba un ángel bello
y en cada blanca estrella se reflejaba Dios.

En tanto en la Porciúncula, ferviente se halla orando
Francisco, el *Poverello* de amores infinitos,
los ángeles repiten su ruego enamorados,
más él se encuentra preso de un éxtasis divino.

Su rostro demacrado tiene algo sobrehumano,
más pálido es el cirio que ante el altar se quema...
una oración de amores palpita entre sus labios...
y la humildad profunda le da una unción serena.

"Mi Dios, mi todo" dice su corazón sencillo,
cual la campestre alondra que, en el ramaje trina,
parece que Francisco transformarse al decirlo
del Dios Crucificado en una imagen viva.

El Cristo de madera que tristemente bello
sobre el altar se muestra cual víctima de amor,
desde su cruz augusta, desde su duro leño
contempla a San Francisco con plácida expresión.

De pronto se levanta de su oración nocturna,
y al reflejar en él sus misteriosos rayos,
la lámpara perfecta que ante el sagrario alumbra,
parece un crucifijo que hubieran desclavado.

Una emoción profunda revela su semblante,
su palidez se tiñe de un vívido rubor,
la tentación maligna le oprime amenazante...
sobre su frente pasa la sombra del dolor.

Se siente encarcelado en un cuerpo de muerte,
en un cuerpo que grita sus ansias de placer,
de Dios su amor, su vida... él teme desprenderse,
más dulce le sería morir o padecer.

Y sale de la iglesia...Su hermana la natura
le muestra del invierno la fúlgida creación,
cubierta de un sudario de nítida blancura,
envuelta con el frío de un hielo aterrador.

En medio de la nieve destacan las espinas
que en ásperos ramales ofrece allí un zarzal!...
la luna con su lumbre muy triste lo ilumina;
sus ojos lo contemplan con mística ansiedad.

Y el santo penitente revuélcase en las zarzas
para contemplar sus ansias, para su sed calmar.
¡Oh, tanto es lo que puede la fuerza de las almas!...
en sangre están teñidos su cuerpo y el zarzal.

¡Más, oh, prodigio augusto!... después del sacrificio,
el cuerpo de Francisco es rosa ensangrentada,
y aquel zarzal austero es un rosal florido
con flores de misterio fragantes y encarnadas.

¡Qué hermoso está ese cielo con sus estrellas claras!...
¡Qué casta la natura con nieve hasta el confín!
Más blanca es la pureza del mártir de las zarzas,
es más hermosa el alma del serafín de Asís.

Aquel rosal ungido con sangre inmaculada;
aquel rosal que brota con savia de expiación,
aquel rosal testigo de historia sagrada...
es hoy nuestra naciente, feliz **congregación**!...

Cada alma franciscana con un ensueño arcano
ser una rosa anhela del místico rosal,
hasta que llegue el día, tal vez no muy lejano,
en que Jesús se digne sus flores trasplantar.

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1955, pp. 145-147

Madre Modesta

¡Hay rumores de llanto y de plegaria!
Todas dicen tu nombre en un suspiro;
ya dejaste la tierra, dulce hermana,
en donde fuiste flor, paloma y cirio!...

En la capilla, misteriosamente
hoy la liturgia del dolor te llama,
y el órgano solloza un miserere
que vibra mucho más dentro del alma!

¡Qué triste está tu celda solitaria!
Un ángel vino a ti calladamente,
te dio el beso de paz como a su hermana,
más...ese ángel divino era la muerte.

Hay fiesta allá en el cielo, ¿quién lo duda?
Murió una Franciscana muy sufrida,
que siempre fue para el agravio muda,
que siempre fue para el dolor sumisa.

Si alguien con zarzas coronó su frente,
ella con flores le regó la senda;
por eso en su silencio fue elocuente
y en su vida dulcísima leyenda.

De grande corazón y de alma noble,
supo sufrir y contemplar la altura,
no de otro modo el solitario roble
resiste al aquilón que lo tortura.

Piadosa con el pobre y con los niños,
al huérfano infeliz daba caricias,
y escanció para el triste y peregrino
la limosna gentil de su sonrisa.

Su vida cual su nombre fue **Modesta**.
Tuvo un secreto: amar y padecer,
y envidió su recato la violeta;
y quién supo la gloria de su ser?...

Porque tuvo su lámpara encendida
con el óleo de ardiente caridad,
ha venido el esposo a conducirla
entre sus brazos al festín nupcial.

Y al ver la inmensa dicha de que goza,
teniendo a Dios por recompensa magna,
es forzoso decir con fe amorosa:
¡Qué felices son, Señor, los que te aman!

Y su voz de dulcísimos acentos,
que semeja el trinar de ave canora,
parece que contesta desde el cielo:
«Y bienaventurados los que lloran»...

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1955, p. 173

Dulcísimo Señor Crucificado

¡Dulcísimo Señor Crucificado!...
si fuera de tu amor, todo es mentira,
concédenos hallar en tu costado
la solución de nuestro eterno enigma.

Que se empape en tu paz el sentimiento,
y el corazón se aquiete en tu armonía,
que se bañe en tu luz el pensamiento,
y tu perdón troquel de nuestros días.

Que pasen los dolores y alegrías,
teñidos en tu sangre omnipotente;
que pase el sueño corto de la vida
como un acto de amor puro y ferviente,
y así podamos en su santa herida
dormir el sueño largo de la muerte.

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1956, p. 104

La bandera de la Iglesia

Salve, bandera de la Iglesia, salve...
El mundo de rodillas hoy te mira;
y si se llega a ti para besarte,
el alma humana se transforma en lira.

Lira para cantar tu gloria pura
forjada en el dolor que siempre existe,
como cuaja la perla sus alturas
en el estuche de la concha humilde.

¡Cuánta gloria se esconde en tus colores!...
donde un diamante y un topacio gualda
han fundido sus claros resplandores
para alumbrar la oscuridad del alma.

El blanco, cual la Santa Eucaristía,
simboliza la paz, ¡el don supremo!
que a los pobres humanos diviniza
y hace del mundo anticipado cielo.

Y el amarillo, rico como el oro,
simboliza la fe de los cristianos;
la fe que de prodigios es tesoro
y que tallan los mártires y santos.

Surgiste de la oscura catatumba
como surge el lucero entre la noche...
tu asta es la cruz que conquistó la altura
cuando cerró el paganismo el broche.

Tú eres de todo el orbe la bandera,
has flotado radiante en las alturas,
el desierto ha besado tu silueta,
y el mar te ha visto acariciar la espuma.

Hace siglos cobijas con tus pliegues
el viejo mundo de la culta Europa,
y como iris de paz, serena siempre,
te has elevado en su sangrienta historia.

Y hermosa con tu clámide de nieve,
llegaste al fin al continente negro
cual sonrisa de Dios que eternamente
brinda doquier su celestial consuelo.

El Asia te contempla sorprendida,
dando un beso de luz a sus destinos,
y al verte reconoce conmovida
que eres sombra del mismo Jesucristo.

Ayer... desde la hispana carabela,
el mundo americano contemplaste,
y extendiste sobre él tu casta seda
como el manto divino de una madre.

Y la ignota región de la Oceanía,
que cual nenúfar colosal se tiende,
hoy sabe que eres bondadosa y pía
la blanca nube que sus gracias llueve.

Y de la humilde barca de san Pedro
eres la vela que su marcha empuja
para alcanzar el anhelado puerto,
do gana el lauro del que lucha y triunfa.

Clavada en el glorioso Vaticano,
eres el manto místico y fecundo
que, agrupando a los hombres como hermanos,
arropa con piedad a todo el mundo.

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1956, pp. 116-117

Claveles rojos y blancos

Poema dialogado

Primera

El más puro y humano sentimiento
ha escogido por algo los claveles,
para que hoy interpreten con acierto
a la madre de los más hondos quereres.

Por eso hemos buscado en donde quiera
de claveles hermosa profusión:
¡rojos!... tintos en púrpura hechicera;
¡blancos!... como purísima ilusión.

Segunda

La fresca gala de claveles rojos,
que en sangre y fuego tiñen su capuz,
junté llena de dicha en un manojo
a los primeros besos de la luz...

Porque, ¡Oh, madre!, tu vida es un recuento
de esperanzas, de gracias y de amor,
un sacrificio silencioso y cierto
por tus hijos en aras del dolor.

Tercera

Forjado en el amor, ¡amor de cielo!
cristalizado en el deber y el llanto,
con pétalos tan puros como el hielo
reventó misterioso clavel blanco.

Níveo clavel de mística belleza
y de encarnación fragante del dolor
tiene la palidez de la tristeza
y al beso de la ausencia floreció.

Cuarta

El lenguaje precioso de las flores,
¡Cuántas cosas nos dice sin sonrojos! ...
de ilusiones, de dichas y de amores
hay un poema en los claveles rojos.

Quinta

Y de un amor más fuerte que la muerte
que vive eternamente recordando,
nos cuenta con sus pétalos de nieve
hermoso y perfumado el clavel blanco.

Primera

¡El clavel! de mis puras alegrías,
el clavel armonioso hecho de luz
que perfuma mis noches y mis días
con su gracia en mi hogar: ¡madre, eres tú!

Segunda

Mi fe radiante le ha pedido al cielo
que dulcifique, ¡Oh, madre! tu dolor
mientras palpita con ferviente anhelo
hecho un clavel por ti mi corazón.

Tercera

El clavel de matices encendidos
hoy te cuenta una historia de amor,
porque él hermosamente está teñido
con sangre ¡de mi propio corazón!

Cuarta

¡Os bendigo claveles siempre bellos!
lo mismo en mi pesar que en mi alegría,
porque me dais el singular portento
de grabar mi ternura en este día.

Claveles carmesíes que han bebido
en los labios benditos de mi madre
el dulce néctar místico y divino
¡en vivo color como el de sangre! ...

¡Claveles blancos! que al abrir sedientos
el casto cáliz lleno de ambrosía,
en horas de dolor y sufrimiento,
chuparon llanto ¡de la madre mía!

Quinta

Hemos buscado los claveles rojos
corazones en linda miniatura,
y los cortamos hoy puestas de hinojos,
avaras de su fresca galanura.

Y los claveles blancos como el nácar
siembran sonrisas cuando el alma llora,
redomas son mística fragancia
y ¡bendición de paz en cada aurora!

Primera

Cogí un clavel tan rojo como el fuego,
relicario de férvidos amores,
y en tu nombre quise lucirlo
hecho un capullo de primores...

Lloré de gratitud con tu recuerdo
y lo bañé con ardoroso llanto,
y por eso al prenderlo en el pecho
aquel rojo clavel se trocó blanco.

Segunda

Dediquemos ya el lindo ramillete
que en esta fiesta de la madre
juntar quisimos tan graciosamente
haciendo de ternuras grato alarde.

Tercera

A ti tan solo madrecita buena,
te ofrezco de mis flores ricas mieles,
porque eres tú mi dicha verdadera
y ¡la dueña feliz de mis claveles!

Cuarta

Escarlata clavel lleno de encanto
es tu boca de divino carmín
y tu palabra es el perfume santo
que llena de ilusiones mi vivir...
por eso mis claveles perfumados,
¡Oh, madre!... son ¡solo para ti!

Quinta

Para la madre Encarnación,
esencia de amor y abnegación,
son los claveles...
pero hoy el corazón llora ausencias
y se desgarra con espinas crueles,
deshoja con piedad claveles blancos
y una lluvia de pétalos de seda,
cubre de gracia y celestial encanto
el desierto infinito de tus penas.

Primera:

¡Madre!... divina mártir de la vida:
los claveles hermosos, retozones,
solo por ti palpitan en este día,
en un ruedo feliz de corazones.

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1958, pp. 143-145

No permitas que me aparte de ti

¡De la nada, Señor! me sacaste;
me escogiste piadoso entre mil,
con la unción virginal de tu sangre
como a esposa en tu cruz me signaste,
¡no permitas que me aparte de ti!

Tú me bastas ¡oh, Dios por ti mismo!
para amarte con todo mi ser
en tu gloria infinita mi abismo,
en tus manos están mis caminos
y en tus ojos se enciende mi fe.

En la herida feliz de tu pecho
solo anhelo encerrada vivir,
si esa llaga en mi vida es mi cielo,
otro cielo al morir yo no quiero,
no permitas que me aparten de allí.

No me aleje jamás de tu lado,
Jesucristo mi Dios y Señor...!
ni las penas deshechas en llanto,
ni las pruebas de duro quebranto,
ni un gozar de melifluo dulzor.

Si el placer coronado de rosas
me engañara con suave desliz,
si en mi vida escanciara su copa
y tu ley se esfumara en las sombras,
¡dame sed infinita de ti!

Al mirar que tu pecho desflora
esa llaga cual puerta de luz,
yo te juro escoger desde ahora
tu viacrucis por senda de gloria,
y por tálamo santo: la cruz

Al seguir vacilante la ruta
si la duda me arranca un gemir,
y neblinas de llantos ofuscan
mis pupilas que en vano te buscan,
por piedad ¡no te alejes de mí!

En sufrir por tu amor está el cielo,
y contigo es delicia el dolor,
en tu cáliz de hiel hay consuelo
si lo prueban tus labios sedientos
con ¡la fiebre insaciable de amor!

¡Oh, mi Cristo Divino! confío
en tu amor sin medida y sin fin,
nada temo si Tú estás conmigo
aunque fuera mi amargo destino
¡no sentirte jamás junto a mí!

Si me muerde un penar infinito
porque todos me olvidan también,
como mi único premio te pido
recostarme en tu pecho divino,
nido eterno, purísimo y fiel.

Cuando atisbo una bella esperanza
que luciendo se pierde fugaz,
mientras todos los astros se apagan
y en silencio la dicha naufraga,
dulce amigo, yo sé que vendrás.

Aunque mi alma cansada se arrastre
bajo el leño de un largo sufrir,
cuando todo en la vida me falte
que tu amor y tu gracia me basten
y ¡que nunca me aparte de ti!

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1959, pp. 70-71

El árbol de las garzas

Tiene un rincón del valle de Tuluá
que el río cincela con buril de plata,
como en los cuentos de hadas
un prodigio de magia tropical:
regadas en los campos de esmeralda
son dueñas diminutas del paisaje
las marfilinas garzas...!
Parecen cuando esponjan su plumaje
centinelas de nácar.

En la pradera como en un regazo
vigilan la pacífica vacada,
y el cebú la cornamenta airada
siempre acarician con plumón de raso.

El ganado que pasta en la cañada
la busca como amigas,
y se pasan el júbilo del día
junto a las bravas testas coronadas.

Su pico es un estuche de corales
y prensa al gusanito que se arrastra,
bajo la fresca yerba que levantan
mugiendo de codicia los rumiantes.

¡Tan pequeña, tan frágil y tan pura!
es de los fuertes medicina alada,
que por instinto acalla su tortura
pero el sol de Tuluá quema
en la techumbre diáfana del cielo,
y se inflama el ocaso con su fuego,
y tañe el ángelus su última pascua...

Las garzas se convierten en preguntas
arqueando el cuello de impecable gracia...
despereza sus alas
porque el vuelo infinito ya barrunta.

Atisban saludando en lontananza
un árbol maravilla,
pues desde allí vigila
como ¡brújula inmóvil otra garza!...

Y nunca queda solo el viejo tronco
pues la fiel atalaya
que lo cuida, tan frágil y tan casta,
conoce el temple del amor heroico.

¡Pasa una garza errante!...
y esa es la contraseña bien amada
que invita a la impoluta caravana
al rito volandero de la tarde...

Así con fácil vuelo la bandada
se prende de los aires mansamente;
no van solas, se esperan impacientes
y en grupo amigo avanzan
conviniendo en la regla franciscana!

Tan puras que parece que acabaran
de salir de las manos del Creador,
con sus plumas más limpias que la escarcha
son pañuelos diciéndonos adiós!

Blancas cartas de amor y de esperanza
tan solo a Dios escritas,
azucenas de luz jamás marchitas
que entre las nubes beberán fragancia.

El cielo añil se esmalta de blancura
al paso de las garzas,
que en ondas de belleza inmaculada
recortan las alturas...
así a campo traviesa tan fugaces
al árbol que las llama
pues las brisas lo tañen con un arpa!...

Su sombra las imana,
las flores son mil nidos donde tienen
las avecitas de cristal y nieve
su ternura inviolada.

Cuanto copo de alturas
va encapotando las torcidas ramas
en nevada ideal de viva espuma!...
Después ...apasionada
sale la inmensa procesión de estrellas
para admirar la escena soberana:
que entre arrullos nupciales y querellas
el árbol viejo es un buque de garzas!...

Y no es la casa madre franciscana
¿otro árbol de milagro?...
Somos garzas del Dios Sacramentado
y solo aquí tenemos la nidada.

Al resplandor de todos los crepúsculos
se oye un batir de alas,
es la ronda sublime de las almas
que cruzan por el mundo
trayendo el talismán de su nostalgia!

De todas las filiales y distancias
llegan buscando al sol de medianoche,
hay sollozos y risas y reproche
y mojadas en llanto las plegarias!...

Aves viajeras son la franciscanas
que andando pulcramente por el barro
lo mismo que las garzas,
no manchan sus plumitas de alabastro
porque tienden a Dios sus castas alas.

La Superiora santa,
de la filial del cielo, es la primera
que acude a nuestras citas hogareñas
con su voz de campana...
la madre Caridad, la Fundadora,
que todavía por amor trasnocha.

Todas olvidan por su viaje místico
los sinsabores y la dura carga,
porque sale a alumbrarles el camino
María Inmaculada,
más bella que la luna despejada...

Les tiende el manto compasiva y buena
en amplias nubes de zafir y plata,
y arropadas con él muestran las almas
hostias y armiños, nieves y azucenas.

¿Quién recibe la dulce romería
de tantas peregrinas?...
El noble centinela que abnegada
con más amor espera aquellas garzas
que caen del vuelo con el ala herida!

La Madre General, Mutter Georgina,
corazón amasado en sacrificio,
que sabe los secretos de la fragua
de los lentos y ocultos heroísmos.

El árbol viejo ya agobió sus ramas
y se baña en reposo monacal,
y así las franciscanas
son una ¡blanca epifanía de paz!

Cuando se ahonda la nocturna calma
rueda un suave rumor de epitalamio,
pues todas al Amado
un "Adoremus in aeternum" cantan
Por eso cada noche Maridíaz
es el árbol de la gracia
bajo el perpetuo sol eucaristía,
y en una ¡virgen floración de garzas!

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1960, pp. 31-37

Tempestad en el mar

Terso, tranquilo, el mar de Galilea
como un zafir inmenso diluido,
musitaba su canto no aprendido
besando majestuoso la ribera.

Pedro, el apóstol corazón de fuego,
y Juan, el virgen corazón de lirio,
remaban en la barca do afligido,
pidió descanso ¡el dulce Nazareno!

Las olas lentamente se movían
en la paz armoniosa de la tarde,
como un niño en los brazos de su madre
la barca pescadora se mecía...

Mar y cielo se daban con amor
aquel eterno beso de delicia,
apenas leve ráfaga de brisa
agitaba su mágico plumón.

Jesús hundió su vista en el paisaje,
El mismo era su artista soberano,
y toda la belleza de esa tarde
tan solo era una huella de sus manos.

Él puso a la natura como lienzo,
tomó el pincel de su poder supremo,
y con colores de arte y de belleza
bosquejo los encantos de la tierra.

Sintió Jesús la adoración que en el cielo
con sus nubes de nácar le ofrecía,
oyó que el mar, con sin igual acento
como a su Dios, amante bendecía...

Solo muy solo el corazón humano
en eterna esquivez incomprensible
negaba el amor ¡con duro arcano!
Jesús con su mirar indefinible.

Con un llorar sin lágrimas, silente,
«las aves tienen nido», dijo triste,
«pero en medio de todo cuanto existe
no tengo donde reclinar mi frente»...

Y su frente más pura que los nardos,
castísimo ideal de belleza,
se dobló como un lirio inmaculado,
rendida de fatiga y de tristeza...

En la tosca madera de la barca
su faz entristecida se apoyó
y al golpe de los remos en las aguas,
¡El Divino Maestro se durmió!

El viento entonces agitó sus alas,
sacudió la melena en sus furores,
empujó nubes y encrespó las aguas
contra el cielo y el mar lanzó reproches.

La tempestad se incuba en las alturas,
cárdenos rayos lanzan cual castigo
que el mar convulso en su feroz pavura,
recibe hirviente con salvajes gritos!

Muerde con ira la ribera inmensa
cuando siente la herida en sus entrañas
y las olas levanta turbias, gigantescas
con su mitra de espuma coronadas.

La quilla se hundió, El mar está enojado...
parece que los cielos se deslíen...
con angustia y valor desesperados
los tripulantes al furor resisten.

Y en medio de esa lucha de elementos,
cuando el barco se siente ya perdido
al empuje indomable de los vientos...
¡El Divino Rabí duerme tranquilo!

El sueño de Jesús era un enigma,
una acerba misión de su martirio
y estaba triste hasta la muerte misma
su corazón ardiendo como un cirio.

Soñó Jesús que oraba en las olivas,
sintió el candente beso de perfidia
y entre sueños sus labios suplicaron:
«Perdónales, Señor, son mis hermanos...»

Miró la horrenda cruz y las espinas,
los duros clavos en sus pies y manos,
y suspiró en torturas de agonía
ante esa ingratitud de los humanos.

Soñó a su madre triste y afligida,
la vio cuan dolorosa sin alivio,
sintiendo como doble el sacrificio
del cordero pascual en aquel día!

Soñó también la Santa Eucaristía
do el mismo Dios no puede darnos más...
Pensó en las almas que a sus pies habría
de amarle con locura bajo el pan.

Entre tanto arreciaba la borrasca,
con medio los apóstoles gemían...
¡Señor!, ¡nos hundimos con la barca!...
¡Rabí, despierta!, con fervor le pedían.

Y Jesús, que soñando en sus dolores
en los gritos del mar, no reparó
y no sintió del cielo los furores...
a la queja del hombre despertó!

Con santa majestad alzó la frente...
¡¡Callad!! mando a las aguas que rugían,
mostrándoles su diestra omnipotente,
y en los cielos clavó su azul pupila!

Y de su frente inmaculada y tersa
copió la mar una apacible calma,
y las nubes copiaron su mirada
en esa ¡azul tranquilidad intensa!...

Y recibió Jesús el homenaje
del hombre, de los cielos y del mar,
como su Dios lo confesó el paisaje
¡trascendiendo la oración y eternidad!...

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1961, pp. 56-57

La pregunta de un Dios

En el cuenco infinito hecho de rocas,
como un zafiro, inmenso diluido,
el gran Genesaret movía sus ondas,
musitando su canto no aprendido.

Los once, terminada ya la pesca
y tendidas las redes en la playa,
hablaban con Jesús en las riberas
de la pesca sublime de las almas.

Pedro, el apóstol corazón de fuego,
y Juan, el virgen corazón de lirio,
amarraron el barco de sus sueños
y miraban a Cristo conmovidos.

Y besa el mar las plantas del profeta
y le adora rompiendo sus cristales;
conoce al que domina sus tormentas
con la paz de sus ojos virginales.

Esos ojos que encienden los luceros,
y que tiñen de azul la inmensidad
en las regiones donde brama el trueno
y se incuba la recia tempestad.

Esos ojos de Dios... ¡irresistibles!...
miraron al apóstol hasta el alma,
y el rudo pescador leyó muy triste,
el reproche encerrado en su mirada.

Los otros pescadores se callaron.
Sus almas meditaban en silencio,
y miraban las llagas en los clavos
en los pies y en las manos del Maestro.

Y escucharon su voz omnipotente
que sacara los mundos de la nada,
preguntando al apóstol dulcemente:
«Simón, hijo de Juan, dime: ¿Tú me amas?»

Y el hombre que luchará tantas veces
cuando el mar tormentoso se agiganta,
sintió que el llanto como savia ardiente
le anudaba la voz en la garganta.

«Tú qué sabes, Señor, todas las cosas,
sabes que yo te amo» ... dijo triste.
Tres veces la pregunta quemadora
sondeó su alma tan grande como humilde.

Y por tres veces el apóstol "roca"
hizo de amor su confesión sublime.
Y el Rabí prosiguió en eterna gloria
de aquel dolor que sana y que redime:
«Apacienta mis tímidos corderos,
Apacienta también a mis ovejas,
Y yo te doy las llaves de los cielos
y franquearás de mi redil las rejas».

Calló Jesús...pensaba en su rebaño.
Bendiciendo extendió sus manos buenas
mientras su sombra de perfiles largos
proyectaba una cruz sobre la arena.

Más la triple pregunta del Maestro
quedó llorando en la extensión inmensa,
y los siglos la escuchan con respeto
en la barca de Pedro que es la Iglesia.

Esa pregunta envuelve al Vaticano
como el halo de luz que envuelve el sol,
y signando de Cristo al fiel Vicario
pregona al mundo entero: ¡Aquí está Dios!

Por ella, el gran Pontífice apacienta
cual místico rebaño al mundo entero,
y es Rey de Reyes, libre o con cadenas,
y el dueño de las llaves de los cielos.

Y rugía el infierno despiadado,
más no ha de prevalecer contra el ungido,
porque es un triple cetro su cayado:
de pastor, ¡sacerdote y rey invicto!

Esa triple pregunta omnipotente
es germen que le da fuerzas divinas,
«Que el amor es más fuerte que la muerte»
por eso engendra en el dolor la vida.

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1962-1963, pp. 44-46

Idílicas

Declamada en el II Congreso Internacional de Exalumnas Franciscanas

En un arpa transforman la mañana
¡los pájaros que charlan sus amores! ...
¡Quién pudiera como estos trovadores
despertarte cantando en su ventana!

Yo quiero ser la linda madreselva
que se enreda en el muro sensitiva,
y esparcir cuando pases pensativa
¡el perfume sagrado de la selva!

Lago tranquilo en donde tú te mires;
nube que te cobije silenciosa,
luciérnaga fugaz y luminosa
¡qué te muestre el edén cuando suspires!

Sueño en trenzar para tus manos pálidas,
copiando la pureza del rocío,
que llora luz en casto desvarío,
un rosario de perlas con mis lágrimas.

Y ser abeja que en misterio sabio
saca almíbar de ajenjos y verbenas,
y dejar cuando luchas con la pena
la miel de una sonrisa entre tus labios.

Quiero tener los frágiles tesoros
con que juega la inquieta mariposa,
y encantar tus pupilas dolorosas regando
en un camino ¡polvos de oro!

Quisiera ser paisaje de delicias
para dar un descanso a tus desvelos,
y decirte un salterio de consuelos
en la ingenua salmodia de la brisa.

Rayo de luz para ahuyentar tus sombras,
pensamiento de paz para tu frente,
promesa de ventura omnipotente
y césped que a tus pies ¡tienda una alfombra!

Y reemplazar la lámpara votiva
que ante el sagrario su existencia agota,
y cuando sientas que el dolor te azota,
ser en tu nombre la oración alivia.

Y aprender un amor que en todo instante
pudiera acompañarte en tu destino,
y más galante cuando más divino,
¡y más ardiente cuanto más distante!

Todo quisiera ser para tu dicha:
amistad hecha un ángel de la guarda,
que siempre espera y que jamás se tarda
y ¡canción de ternura en tu vida!

Sor Celina de la Dolorosa
II Encuentro Internacional de Exalumnas Franciscanas, 1964, p. 66

El escudo de la Normal Pio XII, Pupiales (N)

Dedicatoria

Normal Pio XII... aquí tienes tu escudo,
como el honor severo e intocable,
pero lleno de gracias inefables
que empaparán de amor ¡el deber rudo!

Seis símbolos ostentan sus cuarteles,
que el porvenir enciende de ideales,
ilusiones, amores, realidades,
a su sombra se cubren de laureles.

Una constelación de doce estrellas,
el Chiles y el Cumbal de níveas cumbres,
y el humo de su cráter hecho lumbre,
por el espacio sideral destella.

La paloma de paz de Pio XII
con su oliva perenne, fresca y bella
sobre un camino con eternas huellas
y un lema que es saber, virtud y goce...

Este blasón ¡solo a vencer convida!
La juventud es flor del heroísmo
que perfuma la cumbre y el abismo
cuando el temor de Dios sella su vida.

Sor Celina de la Dolorosa
Anuario Franciscano, 1964-1965, p. 73



Referencias

Álvarez, M. T. y Zarama, I. (2019). Mujeres en las letras y las artes en el sur de Colombia. 1930-1950. *Revista Historia y Memoria*, (18), 211-242. https://doi.org/10.19053/20275137.n18.2019.8492

Biblia Católica. (s.f.). Biblia de Jerusalén. https://www.bibliacatolica.com.br/la-biblia-de-jerusalen/

Circular 37 de 1987. (1987, 8 de abril). Religiosas Franciscanas. Archivo Secretaría Provincial, Casa Madre Maridiaz, Pasto, Colombia.

De la Dolorosa, C. (1942). Libreta de apuntes Celina y sus diálogos con Jesús y María [Documento inédito]. Pasto.

Religiosas Franciscanas. (1964). folleto II Congreso Internacional de Exalumnas Franciscanas de María Inmaculada. Editorial Luz S.A.

Religiosas Franciscanas. (1945-1946). *Anuario Franciscano* N.º 3. Editorial Luz S.A.

Religiosas Franciscanas. (1946-1947). *Anuario Franciscano* N.º 4. Editorial Luz S.A.

Religiosas Franciscanas. (1947- 1948). *Anuario Franciscano* N.º 5. Editorial Luz S.A.

Religiosas Franciscanas. (1949-1950). *Anuario Franciscano* N.º 6. Editorial Luz S.A.

Religiosas Franciscanas. (1950-1951). *Anuario Franciscano* N.º 7. Editorial Luz S.A.

Religiosas Franciscanas. (1951-1952). *Anuario Franciscano* N.º 8. Editorial Luz S.A.

Religiosas Franciscanas. (1953). *Anuario Franciscano* N.º 9. Editorial Luz S.A.

Religiosas Franciscanas. (1954). *Anuario Franciscano* N.º 10. Editorial Luz S.A.

Religiosas Franciscanas. (1955). *Anuario Franciscano* N.º 11. Editorial Luz S.A.

Religiosas Franciscanas. (1956). *Anuario Franciscano* N.º 12. Editorial Luz S.A.

Religiosas Franciscanas. (1957-1958). *Anuario Franciscano* N.º 13 y 14. Editorial Luz S.A.

Religiosas Franciscanas. (1959). *Anuario Franciscano* N.º 15. Editorial Luz S.A.

Religiosas Franciscanas. (1960). *Anuario Franciscano* N.º 16. Editorial Luz S.A.

Religiosas Franciscanas. (1961). *Anuario Franciscano* N.º 17. Editorial Luz S.A.

Religiosas Franciscanas. (1962-1963). *Anuario Franciscano* N.º 18 y 19. Editorial Luz S.A.

Religiosas Franciscanas. (1964-1965). *Anuario Franciscano* N.º 20 y 21. Editorial Luz S.A.

Romo, R. y Romo, R. (2014). *Obra literaria sor Celina de la Dolorosa* [Documento custodiado en el Museo Maridiaz]. Pasto, Colombia.



Universidad Mariana
Res. MEN 1362 del 3 de febrero de 1983

Editorial Unimar

Universidad Mariana Calle
18 No. 34-104 San Juan de Pasto
https://libros.umariana.edu.co/index.php/editorialunimar